

**Armeritas sin Armero. Un estudio sobre desplazamiento medioambiental en
Colombia.**

Monografía de grado

Universidad del Rosario

Escuela de Ciencias Humanas

Programa de Sociología

Director de monografía: Anne Gincel

Presentado por:

María Claudia García Gámez

Semestre I de 2016

Bogotá, Colombia

Agradecimientos

Les agradezco a mis padres por el apoyo y por siempre estar ahí conmigo, agradezco a los profesores y a todos los administrativos de la Universidad del Rosario, por las enseñanzas, un agradecimiento especial a mi profesora, directora y amiga Anne Gincel quién desde el principio creyó en mí y me dio las fuerzas para continuar. Le agradezco a mis compañeros de oficina y mi jefe por estar pendientes y apoyarme en el desarrollo de mi monografía de grado.

Tabla de contenido

Introducción.....	5
Planteamiento del problema y preguntas de investigación.....	8
Metodología.....	10
Capítulo 1: Armeritas en Armero, armeritas sin Armero: el impacto de la avalancha.....	14
1.1. “La vida en Armero era muy bonita”: Un recuerdo idílico de la vida de los armeritas en Armero	15
1.2. “El despertar de la pesadilla”: La tragedia y el peregrinaje de los armeritas tras la destrucción de Armero	18
1.3. “Reconstruir sobre el pantano”: Los armeritas y su re-empezar en Soacha.....	25
Capítulo 2	
Desplazados armeritas. Las particularidades del desplazamiento medioambiental.....	38
2.1. El desplazamiento medioambiental, una categoría emergente.....	38
2.2. Los armeritas y el desastre “natural”.....	45
2.3. “A nosotros no se nos dañó el corazón”: Los armeritas y su diferenciación de los desplazados por la violencia.....	50
Conclusiones.....	61
Bibliografía	65

*Vengo de recorrer el sufrimiento,
vengo de sentir el dolor,
vengo de compartir triste lamento,
vengo desde muy lejos,
y vengo a hablar con Dios.*

*Perdón señor si te pregunto dónde estabas
aquella noche que volteaste la mirada.
No quisiste mirar hacia mi pueblo,
se lo llevó el dolor y el sufrimiento.
No quisiste voltear hacia mi pueblo,
se lo llevó el dolor, triste tormento.*

*Aquel Armero del pasado ya no existe,
nieves eternas se llevaron su recuerdo.
Ya no existe el camino, tan solo se oye el eco
del bastón y los pasos del abuelo.*

*Y vengo a recordar aquella noche,
noche de llanto, de tristezas y nostalgias,
niños y viejos cayeron a tus plantas,
se fueron para siempre.
Señor, ¿en dónde estabas?*

Fragmento de la canción “Reclamo a Dios”, del dueto tolimense Silva y Villalba

Introducción

El 13 de noviembre de 1985 un desastre natural se presentó en el territorio colombiano. Eran alrededor de las 10:30 p.m. cuando el volcán Nevado del Ruiz, tras 70 años de inactividad, erupcionó desencadenando una avalancha que borró el pueblo de Armero, en el Tolima, así como la vida de más de 25.000 personas. Según las cifras estimadas hubo cerca de 6.000 sobrevivientes que, ante la desaparición del pueblo, debieron migrar a otros lugares. Es la migración forzada de estas personas a causa de un evento natural lo que hace a los armeritas sobrevivientes pertenecientes a una categoría poco conocida en Colombia pero con una resonancia cada vez mayor en la agenda política internacional: los *desplazados* medioambientales.

“De ese día yo me acuerdo de todo, es como si no hubieran pasado los años, esos son recuerdos que no se borran, ni con oración, ni con tiempo”. Con estas contundentes palabras responde Amalia¹, una de las armeritas entrevistadas, cuando es interrogada acerca de lo acontecido el 13 de noviembre de 1985. Y es que tanto para los armeritas como para la historia colombiana aquel día trágico es imposible de borrar. Desde muy temprano una lluvia de ceniza empezó a enturbiar la mañana de los pobladores de Armero, esa bella “ciudad blanca” reconocida por sus prósperos cultivos de algodón y atractivos turísticos, situada en el corazón del Tolima. Sin embargo, y ante los rumores que desde días atrás rondaban sobre la posible erupción del volcán nevado del Ruiz, las autoridades locales los habían tranquilizado diciendo que ellos serían los primeros en alertarlos ante cualquier eventualidad.

Así, transcurrió el día del 13 de noviembre, los pobladores resguardados en sus casas y con pañuelos húmedos sobre sus cabezas pretendían hacerle frente a aquella nube de ceniza. Con la llegada de la noche llegó también la tragedia. Gladys se encontraba en su casa junto a su esposo y sus dos hijas, ya todos dormían cuando a eso de las 10 u 11 de la noche, no recuerda bien, escucharon un fuerte sonido, “parecía como si estuvieran explotando unas bombas”. De inmediato escuchó la voz de una vecina que con gritos la alertaba sobre lo ocurrido, su esposo cargó a sus hijas y salieron de su casa despavoridos.

¹Nombre cambiado de acuerdo con los protocolos éticos del trabajo cualitativo. Se aclara que, a lo largo del presente trabajo, todos los nombres fueron cambiados para proteger la identidad de los informantes.

En las calles el panorama era devastador, el pueblo sin luz, en carros, motos y bicicletas las personas buscaban llegar a las colinas cercanas esperando no quedar atrapados en ese mar de lodo que empezaba a inundar y destruir el pueblo. Niños, mujeres y ancianos entre gritos y lágrimas clamaban ayuda. Gladys afirma que esa fue su última imagen, antes de que el lodo la dejara momentáneamente ciega.

Son múltiples los relatos y testimonios que hoy se conocen sobre lo que pasó aquella noche del 13 de noviembre de 1985, cuando tras la erupción del volcán Nevado del Ruiz, una avalancha de agua, rocas y azufre sepultó al municipio de Armero con al menos 25.000 de sus pobladores (ver imagen 1). Sólo sobrevivieron cerca de 6.000 personas, de las cuales 4.580 resultaron heridas (Wolf, 2005). Gladys y Amalia fueron dos de las sobrevivientes. Ellas narran como vieron morir a sus familiares, amigos y vecinos. La gente colgada de los árboles moría pidiendo auxilio, pues las primeras ayudas sólo llegaron hasta el otro día y no daban abasto para auxiliar a tantos heridos. En los días siguientes la imagen de la pequeña Omaira, quien moría enterrada en el agua, y ante la impotente acción de los presentes, le daría la vuelta al mundo y se convertiría en una de las insignias más dolorosas de esta tragedia.



Imagen 1. El 13 de noviembre de 1985, una avalancha sepultó el municipio de Armero con al menos 25.000 de sus habitantes. Imagen tomada de

Los días siguientes al 13 de noviembre fueron de total desasosiego para los sobrevivientes: muchos tenían familiares desaparecidos, no sabían si vivos o muertos, habían perdido todas sus pertenencias y muchos se encontraban gravemente heridos. Los meses posteriores a la avalancha Amalia pasó por diferentes albergues en Tolima y Bogotá, mientras Gladys fue atendida durante dos meses en un hospital del Tolima por las lesiones que tenía en sus dos piernas. Pasaron cerca de 4 años, según nos cuentan para que, finalmente, las entidades del Gobierno creadas para reubicar a los damnificados de Armero, les asignaran una vivienda en el barrio Nuevo Armero, ubicado en San Mateo, Soacha.

¿Por qué eligen Soacha? La mayoría de los armeritas reubicados en este lugar afirman que, simplemente, fue el lugar que por sorteo les tocó. Algunos ni siquiera sabían donde quedaba este municipio aledaño a Bogotá. De esta manera, se crea un barrio de armeritas en el municipio de Soacha habitado por un conjunto de familias que aún se identifican como armeritas aunque Armero haya sido borrado del mapa hace ya 30 años.

Planteamiento del problema y preguntas de investigación.

El cambio de residencia fue tan abrupto como la tragedia misma. Como se había mencionado, Armero era un próspero municipio del Tolima, la mayoría de la población se dedicaba a las labores agrícolas y ganaderas. Las personas pasaron de vivir en viviendas propias, en las que tenían sus necesidades básicas satisfechas, a vivir en pequeñas viviendas, a medio construir, en un barrio marginal que tradicionalmente ha sido afectado por altos índices de pobreza y una grave crisis social y humanitaria.

Soacha es un municipio de Cundinamarca ubicado al suroccidente de Bogotá. Está integrado por 347 barrios de los cuales un 30% están ubicados en zonas de alto riesgo natural y con una población de, aproximadamente, 400.000 personas, lo que lo hace el municipio más poblado de Cundinamarca. La mayoría de sus habitantes están catalogados dentro de los estratos 1 y 2 del Sisben. Es, a la vez, un municipio con una alta problemática social,

“La compleja problemática histórica de Soacha se caracteriza por la baja cobertura de los servicios públicos, la existencia de barrios subnormales ocupados por personas de bajos recursos y familias en situación de desplazamiento, la proliferación de la vivienda de interés social, la falta de control a la “urbanización pirata”, la corrupción política, la dificultad de construcción de sentidos de pertenencia de sus habitantes y la violencia derivada del conflicto armado, en una línea de tiempo que ubica denuncias de “limpieza social” y “toques de queda”, desde comienzos de la década de los 90, así como presencia de grupos irregulares” (CID, 2010: 6).

Soacha es, además, uno de los municipios de Colombia que presenta mayor recepción de población desplazada. En los últimos 13 años, Colombia se ha ubicado como el segundo país con mayor número de población en situación de desplazamiento (3.6 millones de personas a diciembre de 2010, es decir cerca de 836.000 familias). Según el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados ACNUR (2008), actualmente hay 30.850 personas desplazadas registradas en Soacha, que representan el 40% del total de las personas desplazadas internas en todo el departamento de Cundinamarca. De acuerdo con esto, el municipio de Soacha es el segundo municipio receptor de población desplazada del país².

Diferentes estudios comprueban que de estas familias un 80% son desplazadas por conflicto armado, lo que indica que para el 20% de la población en situación de desplazamiento existe otro motivo para desplazarse. Y es que el desplazamiento es un fenómeno que puede darse por diferentes motivos. En este sentido, Malguesini y Giménez (2000) han identificado cuatro causas principales del desplazamiento forzado, relacionadas respectivamente con aspectos políticos, económicos, medioambientales y étnicos,

“En el plano político, la mayoría de los desplazados escapan de la violencia e inseguridad desatada por una guerra o un conflicto armado; en el plano económico las tensiones económicas y pobreza conducen al desplazamiento humano, a lo que se une la apropiación por la fuerza de territorios y recursos; en el plano medioambiental es la destrucción, sobreexplotación y degradación de los recursos naturales y expulsión de grupos dependientes de esos recursos; en el plano étnico, estados con una diversidad étnica pueden entrar en conflicto cuando la identidad étnica de un grupo se impone

² En un reporte del 13 de febrero de 2008 hecho por el (CODHES), Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento, en concordancia con información proporcionada por el (SISDHES), Sistema de Información sobre Desplazamiento Forzado y Derechos Humanos: se afirma que Bogotá y Soacha son los principales centros receptores de llegada de la población desplazada.

como la que define la nacionalidad, pudiendo ser los «otros» grupos víctimas de exterminio o limpieza étnica” (Egea & Soledad, 2011:202)

Y aunque en contextos como el colombiano asociamos casi que naturalmente el término desplazado con violencia, resulta interesante estudiar qué otras razones pueden obligar a una población a migrar de su lugar de origen. Un ejemplo significativo lo constituye la población armerita residente en Soacha, quienes llegaron a este lugar después de ser víctimas de un desastre natural que los obligó a desplazarse de su región de origen. Dada la naturaleza del desastre, la población armerita hace parte de una clasificación poco usual de desplazamiento en Colombia, el “desplazamiento medioambiental”. Esta definición identifica y reconoce como desplazado a aquel ciudadano que ha sido víctima de una catástrofe natural y es reconocida por el Derecho Internacional de conformidad con los tratados ratificados por Colombia al hacer parte de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM)³.

El fenómeno del desplazamiento posee características diversas y por ende particulares; como lo diría Meertens (2006), desde el momento de la destrucción de vidas y bienes, hasta las estrategias de supervivencia y la paulatina reconstrucción de sus proyectos de vida, las poblaciones sufren un cambio abrupto. Es decir, durante las sucesivas etapas del desplazamiento, las poblaciones tienen en común la dificultad de acceder a mecanismos que protejan sus derechos, falta de protección y atención por parte del Gobierno.

Los desastres naturales traen consigo dos problemáticas, que aquí tomaremos como ejes de análisis: El desplazamiento de las poblaciones y el reasentamiento de las mismas. Una comunidad que requiere ser reubicada sufre a su vez nuevos impactos y consecuencias, que afectan su propio equilibrio y normal desarrollo, ante lo cual el Estado tiene la obligación de atender ágilmente. Con la reubicación y el reasentamiento, la comunidad se enfrenta al establecimiento de nuevos tipos de relaciones sociales y nuevas formas de cooperación y quizá de oposición entre ellas.

³ La OIM define el fenómeno del desplazamiento de la siguiente forma: “Personas o grupos de personas que se han visto forzadas u obligadas a huir o dejar sus hogares o su residencia habitual, particularmente como resultado o para evitar los efectos de un conflicto armado, situación de violencia generalizada, violación de los derechos humanos, desastres naturales o humanos y que no han atravesado una frontera de un Estado internacionalmente reconocido”.

De acuerdo con lo anterior, podemos afirmar que en el caso de la población armerita residente en Soacha existe una ruptura en sus códigos sociales y un proceso subsecuente de reconstrucción de los mismos, por esta razón este proyecto busca responder a la siguiente pregunta: ¿Cómo ciertos actores, como los armeritas, que sufrieron el fenómeno del desplazamiento por razones medio ambientales, buscan diferenciarse de otros desplazados viviendo como ellos en Soacha, municipio con mayor número de desplazados en Colombia?

Para dar respuesta a este interrogante se han construido una serie de preguntas específicas: ¿Cómo se reestructuran las relaciones sociales y familiares después de haber sufrido un desplazamiento por desastre natural? ¿Cómo ha sido el proceso de reasentamiento de la población armerita que se trasladó a Soacha por causa de un desastre natural? ¿Qué tipo de relaciones entablan los armeritas reasentados en Soacha con la población desplazada por conflicto armado que también llega a reasentarse a este municipio? Como vemos, todas las preguntas tocan un tema transversal: el hecho de que la causa del desplazamiento sea una catástrofe natural. Y es que, como se observará en las páginas siguientes, para la población armerita residente en Soacha es fundamental diferenciarse de la población desplazada a causa del conflicto.

Metodología.

Para contestar estos interrogantes, se desarrolló un trabajo de investigación de corte cualitativo. Al respecto, Campoy y Gomes afirman que el trabajo cualitativo nos permite conocer con cierta profundidad las motivaciones, los sentimientos y los pensamientos de las personas. Igualmente, proporciona ciertas ventajas como que “permiten abordar problemas complejos como son el estudio de creencias, motivaciones o actitudes de la población, posibilitan la participación de individuos con experiencias diversas y permiten la generación de un gran número de ideas de forma rápida” (Campoy y Gomes, 2009:276). Por otro lado, autores como Creswell (1997) y Neuman (1994) subrayan como una de las principales fortalezas del trabajo cualitativo el hecho de que el investigador “adquiere un punto de vista “interno” (desde dentro del fenómeno), aunque mantiene una perspectiva

analítica o una cierta distancia como observador(a) externo(a)” (Hernández, Fernández y Baptista, 2010:10).

En este caso, y como el objetivo del trabajo es investigar y analizar las transformaciones ocurridas en la vida de los armeritas que, tras la tragedia de Armero, fueron reubicados en Soacha, se opta por una metodología cualitativa pues, como lo mencionan varios autores, ésta nos permite tener un punto de vista profundo e interno de los pensamientos, sentimientos y emociones de la población objeto de estudio. En este punto es preciso indicar cuál fue la población o muestra con la cual se llevó a cabo la presente investigación. Tras la tragedia de Armero los sobrevivientes fueron ubicados en diferentes zonas del país: Armero-Guayabal, Honda, Villarrica y Soacha fueron algunos de los destinos de esta población.

Para este caso se trabajó, específicamente, con la población armerita residente en Soacha, más precisamente en los barrios Armero I y II de San Mateo. Es preciso indicar que ya han transcurrido 30 años desde la avalancha y muchas de las personas a las que le fue asignada una vivienda en este lugar ya han abandonado la zona, dando paso a nuevos residentes provenientes de diversas zonas del país. Actualmente, en este lugar viven cerca de 30 familias armeritas, las cuales mantienen poco contacto entre sí. Mi acercamiento a ellas fue anterior a esta investigación, pues hace algunos años trabajé con una fundación cuyo objetivo principal es reconstruir y difundir la memoria de la tragedia de Armero.

Mi trabajo en esta fundación me permitió acercarme a estas familias, conocer sus inquietudes, necesidades y angustias. Me permitió, además, establecer lazos de empatía con algunas de estas personas, aspecto que facilitó la comunicación necesaria para llevar a cabo la presente investigación. Dada la imposibilidad de realizar un trabajo de corte cualitativo con todas las familias, fueron seleccionadas algunas personas a quienes, por contactos anteriores, conocía sobre su historia de vida y la trayectoria de su desplazamiento. De esta forma, se conformó una muestra de casos-tipo⁴ de 5 personas, cada una perteneciente a una familia distinta, con las que se llevó a cabo un proceso de investigación que combinó observación participante y entrevistas semi-estructuradas a profundidad.

⁴ En este tipo de muestras, se “eligen casos de un perfil similar, pero que se consideran representativos de un segmento de la población, una comunidad o una cultura” (Hernández, Fernández y Baptista, 2010: 398)

“La observación participante conlleva la implicación del investigador en una serie de actividades durante el tiempo que dedica a observar a los sujetos objeto de observación, en sus vidas diarias y participar en sus actividades para facilitar una mejor comprensión. Para ello es necesario acceder a la comunidad, seleccionar las personas clave, participar en todas las actividades de la comunidad que sea posible, aclarando todas las observaciones que se vayan realizando mediante entrevistas (ya sean formales o informales), tomando notas de campo organizadas y estructuradas para facilitar luego la descripción e interpretación” (Campoy y Gomes, 2009:277).

Esta técnica fue empleada con las 5 personas que conforman la muestra, quienes me permitieron participar en sus actividades diarias en el hogar, el trabajo y en algunas situaciones particulares como una celebración o salida familiar. Además, tuve la oportunidad de acompañar a la población armerita residente en Soacha en la conmemoración de un 13 de Noviembre, día en el que año tras año se reúnen para recordar a los familiares y amigos que perdieron en aquella tragedia. La información recopilada a través de las observaciones fue detalladamente consignada en un diario de campo y algunas conversaciones informales fueron grabadas en medio magnético con la respectiva autorización de los participantes.

Si bien la observación me permitió indagar sobre la forma como viven los armeritas actualmente, para conocer su historia y reconstruir el proceso de desplazamiento y reubicación en Soacha era preciso recurrir a las entrevistas semi-estructuradas. La entrevista, entendida como una interacción planeada entre dos personas y que tiene como objetivo “conocer la opinión y la perspectiva que un sujeto tiene respecto de su vida, experiencias o situaciones vividas” (Campoy y Gomes, 2009:288), fue una técnica de gran utilidad pues me permitió conocer la forma en que los armeritas vivieron aquella tragedia, la manera en que la recuerdan y las transformaciones que han ocurrido en sus condiciones familiares, sociales y económicas desde aquel momento hasta el presente.

Para resumir. El trabajo de campo que se realizó durante la presente investigación duró aproximadamente 2 meses en los cuales se utilizaron las técnicas de la observación participante y la entrevista semi-estructurada para conocer las transformaciones ocurridas en la vida de 5 familias armeritas, residentes en los barrios Amero I y II del municipio de

Soacha, a partir del momento que fueron desplazadas por el desastre natural. Por implicaciones éticas, es importante aclarar que los participantes fueron informados sobre los alcances y objetivos de la investigación, así como sobre la confidencialidad de los datos y su derecho al anonimato.

Como resultado, se presenta la siguiente investigación integrada por dos capítulos. En el primero encontraremos un análisis de las transformaciones ocurridas en la vida y en el entorno social y económico de los armeritas tras el episodio de la avalancha: recordaremos cómo era su vida en Armero, describiremos cómo vivieron la avalancha y los momentos posteriores a la misma y cómo fue su proceso de reasentamiento en Soacha. En el segundo capítulo nos concentraremos en analizar las particularidades del desplazamiento medioambiental, así como las diferenciaciones que son establecidas, entre este tipo de desplazamiento y el originado por el conflicto armado, por los armeritas que hoy viven en Soacha.

Capítulo I: Armeritas en Armero, armeritas sin Armero: el impacto de la avalancha.

“...Mami, yo viví toda mi vida en Armero, 39 años...yo nací en mi Armero querido, me volví señorita en mi tierra y allá me casé, me hubiese gustado morir allá, pero mi pueblo querido ya no existe...”⁵

Las personas a las que comúnmente denominados “desplazados” no constituyen un grupo homogéneo al cual puedan atribuirse unas características esenciales. Lo que podemos decir, sin embargo, es que son personas que se han enfrentado a una situación límite, producto de la cual se han visto obligadas a abandonar sus tierras, sus costumbres y sus tradicionales estilos de vida. En este sentido, las personas que han sido víctimas del desplazamiento se ven obligadas no solo a reubicarse en un nuevo lugar, sino también a reconstruir y reelaborar sus lazos familiares y sociales.

Las personas desplazadas se enfrentan ante múltiples hechos que transforman sus modelos de vida: realidades (por lo general altamente desagradables) que provocan la salida del lugar de residencia, múltiples pérdidas, malestar emocional... A esto debe sumarse “la presión generada por los cambios que se ven obligados a enfrentar de manera intempestiva e indeseada, durante el proceso de ubicación e inserción en los nuevos contextos de llegada” (Bello, 2000:3). El proceso que lleva a las víctimas del desplazamiento de un lugar a otro es abrupto y provoca una serie de cambios radicales en la vida de las personas que afectan su identidad individual y colectiva.

En las siguientes páginas nos adentraremos en cómo fueron estos momentos de rupturas y reconstrucciones para los armeritas. En un primer momento recurriremos a sus memorias y recuerdos para intentar identificar cómo era su vida en Armero. Posteriormente y teniendo en mente cómo era su estilo de vida en Armero, se reconstruirán los cambios ocurridos en sus vidas y en sus relaciones familiares y sociales al atravesar las diferentes trayectorias de su desplazamiento a raíz de la avalancha.

⁵Fragmento de una entrevista.

1.1 “La vida en Armero era muy bonita”: Un recuerdo idílico de la vida de los armeritas en Armero.

Paseos y reuniones familiares, tardes soleadas y calurosas, amabilidad y solidaridad entre vecinos, domingos en el parque, salidas al río... la cara se les ilumina a los armeritas al recordar como era su vida en Armero. Y es que, como se mencionó anteriormente, Armero era un próspero municipio del departamento del Tolima,

“Por su excelente ubicación en la planicie del Norte del Tolima, Armero se constituyó en un epicentro de comunicaciones; por allí pasan las carreteras que conectaban esta población con el resto del departamento hacia Ibagué, Líbano, Girardot, Honda, Fresno etc. Y al Departamento del Tolima con sus vecinos. En Armero se hallaba la estación del tren “San Lorenzo” que servía de punto intermedio entre la ruta férrea que comunicaba a Ibagué con la Dorada y Ambalema. Era conocida como la ciudad Blanca por considerarse la capital algodонера del Tolima, título que disputaba con el Espinal. Fue un Municipio pionero en el desarrollo de la agricultura mecanizada prosperando hasta el punto de ocupar el sexto lugar en la jerarquía de los municipios del Tolima. Armero disponía de los servicios de una ciudad moderna contando con buen servicio de electrificación, sistema de acueducto y alcantarillado eficiente, buena cobertura en el servicio telefónico, gran número de establecimientos bancarios, empresas de transporte de ámbito regional y local, equipo de bomberos, club campestre; todo esto conjugaba un buen nivel económico y buena afluencia de recursos propios que le permitían desarrollar obras de infraestructura pública de buen nivel”⁶



Imagen 2. Panorámica de Armero antes de 1985. Imagen tomada de La página web de la fundación Armando Armero.

⁶ Sitio oficial de Armero-Guayabal. Disponible en línea http://www.armeroguayabal-tolima.gov.co/informacion_general.shtml#historia

Bañado por los ríos Lagunilla, Sabandija y el Cuamo, este municipio basaba su actividad económica principalmente en la agricultura y la ganadería. Por esta razón, una gran cantidad de sus habitantes vivían en amplias fincas o casas rurales donde eran propietarios y, al mismo tiempo, se dedicaban a trabajar en sus cultivos agrícolas y al cuidado de animales (gallinas, cerdos, vacas...). Este era el caso de muchos de los armeritas que hoy residen en Soacha y que recuerdan con nostalgia como era su vida en Armero,

“Nosotros en Armero teníamos de qué vivir, yo tenía mi industria de costura, teníamos un depósito de panela, teníamos una dulcería, teníamos la casa propia, allá en Armero no se veía la miseria económica, allá se veía la plata, los que menos tenían, tenían su casita propia, no había miseria...había educación, el pueblo era muy alegre, allá no había ladronero, uno no vivía con la desconfianza, yo no puedo negar que había prostitución, eso sí se había extendido y algunos hijos de papi y mami con la droguita, pero eso no opacaba lo lindo que era mi pueblo, lo alegre, lo lleno de todo... en Armero llegaba mucha gente a mi casa y eso me hacía sentir muy feliz y yo los atendía a todos. La gente me traía gallinas, huevos, leche, era una vida muy bonita la de Armero, yo no sé por qué nos pasó esto (lágrimas)...En Armero todos éramos unidos, nos ayudábamos, éramos un pueblo de bien...”
Tomado de una nota de campo.

En otra de las entrevistas, se agregan nuevos datos sobre cómo era la cotidianidad de las personas en Armero,

“...allá comíamos de todo, los desayunos eran bien trancados para que cogiéramos fuerza para aguantar el calor de la mañana, los almuerzos eso sí eran almuerzos, como le dije allá no había miseria ni nada de eso...uno comía frutas todo el día y en la noche a mi marido tocaba hacerle algo diferente del almuerzo...cuando vuelva por acá le hago un sancocho uno que por lo menos se parezca a los que yo hacía en mi tierra...es que allá uno salía al solar y bajaba de todos los palos las frutas...eso si era bueno... Los fines de semana nosotros íbamos a misa, gloria a Dios siempre hemos sido bien creyentes y por eso es que a nosotros no nos fue tan mal...los chinos se iban para el campo al río, íbamos a Mariquita a visitar a la familia, mi niña, allá uno podía hacer de todo, es que no era peligroso como acá [Soacha]...”*Tomado de una nota de campo.*

El clima, la comida, las dinámicas laborales, las relaciones interpersonales, las actividades familiares y recreativas, el ambiente económico y social de Armero, son factores que los armeritas recuerdan con nostalgia en cada una de sus narraciones. Un clima caluroso y soleado que les permitía a los armeritas disfrutar de una gran variedad de árboles frutales y de reconfortantes paseos al río, comidas abundantes que les permitían recargarse de energía para sus labores diarias y que, además, reflejaban la prosperidad económica y la riqueza agrícola del pueblo. Los niños y jóvenes tenían la oportunidad de asistir a las escuelas y colegios mientras sus padres se encargaban de realizar diferentes actividades laborales. En el municipio se respiraba un ambiente pacífico y tranquilo caracterizado por el trato amable, cordial y solidario entre paisanos. Hoy en día no se consigue mucha información sobre cómo era Armero antes de la avalancha. Las noticias sobre este suceso trágico eclipsaron toda la información que tanto en libros como en redes circulan de este municipio. Sin embargo, así es como recuerdan los habitantes de Armero su vida en este territorio.



Imagen 3. Los domingos los habitantes de Armero se congregaban en el parque principal del municipio para compartir en familia de las festividades religiosas. Imagen tomada de

<http://www.armandoarmero.com/spip.php?article29>

A estos procesos de memoria mediante los cuales se idealiza el lugar de origen y las prácticas que en él se realizaban una vez la población es obligada a salir del mismo,

Salcedo (2008) lo ha denominado “esencialización del antes”. Y es que, tal como se percibe en el relato de los armeritas, se evocan “imágenes idílicas del lugar de antes como bello, prolífico, sano y pacífico, condensando los espacios sociales que a lo largo de sus vidas habían intentado construir y reconstruir varias veces” (Salcedo, 2008: 321).

Es decir, y aunque seguramente la vida de estas personas en Armero era mucho más compleja de lo que la describen, el hecho de ya no estar en ese lugar conlleva a los armeritas a crear un recuerdo idílico del mismo en el que solo se hace énfasis en las características positivas de su vida en Armero (buenas comida, ambiente alegre y solidario entre vecinos, paseos, prosperidad...) Este fenómeno, como lo describe Salcedo (2008), es muy común en las personas que, abruptamente, se han visto obligadas a abandonar sus lugares de origen y reasentarse en otro territorio, como es el caso de la población armerita.

1.2. “El despertar de la pesadilla”: La tragedia y el peregrinaje de los armeritas tras la destrucción de Armero.

Los días vividos en Armero quedaron atrás para la población armerita cuando, tras la avalancha del 13 de noviembre de 1985, el pueblo fue destruido y sus pobladores se vieron en la obligación de desplazarse a diversas regiones del país. Cuando hacemos referencia a las personas desplazadas, damos por hecho que son personas que, por diferentes razones, se han visto obligadas a abandonar su territorio. Teniendo en cuenta que el territorio no sólo un lugar físico, sino un lugar simbólico que posibilita la construcción de redes de solidaridad y cooperación entre vecinos, debemos decir que las personas desplazadas se enfrentan ante unas rupturas de sus relaciones familiares y sus redes de cooperación social. Algunas de las consecuencias de esto son,

“-Se rompe un tejido relacional particular definidor de códigos, formas y maneras de ser y de estar. -Enfrentan la transformación abrupta de los referentes sociales: roles, pautas de comportamiento, creencias, costumbres y hábitos. -Pierden contacto con figuras identificatorias y enfrentan pérdidas de tipo afectivo (vecinos, amigos, familiares). -Pierden su espacio geográfico en el cual se construyen formas particulares de habitar y de ser definidas por el clima, el tipo de alimentos y las

características del terreno, entre otras. Se cuestiona el reconocimiento social (identidad social) construido históricamente” (Bello, 2000:5)

De esta manera, podemos decir que los procesos de desterritorialización, pérdida del territorio, a los que se enfrentan los desplazados impactan fuertemente la estructura social construida por un grupo a lo largo de su historia.

Las estructuras familiares también son impactadas por el fenómeno del desplazamiento. En primer lugar se produce la fragmentación de la familia, producto de los hechos de infortunio que producen el desplazamiento (en este caso una tragedia ambiental). En un primer momento, y a razón del evento, se produce la muerte o desaparición de algunos miembros importantes de la familia (abuelos, padres, hijos, hermanos). Después de esto, y hasta un eventual reasentamiento permanente, la familia sigue enfrentada a procesos de fragmentación: repartición de los hijos en las casas de diferentes miembros de la familia, carencia de un espacio privado donde la familia pueda cumplir con sus actividades cotidianas (Bello, 2000).

El fenómeno del desplazamiento forzado, además, está integrado por dos momentos diferentes que marcan ineludiblemente a las personas que son víctimas de este fenómeno. En primer lugar, se presenta una violenta y rápida ruptura con espacios y formas de vida tradicionales y, en una segunda etapa, se desarrolla un lento proceso de reconstrucción del proyecto vital. En el tránsito entre la ruptura y la reconstrucción pueden identificarse tres momentos diferentes que son claves a la hora de analizar las transformaciones sociales y familiares que se presentan en la población desplazada: el tiempo de la destrucción, el tiempo de nomadismo o de confinamiento y el tiempo de recomenzar (Osorio, 2004:183).

“El tiempo de la destrucción está marcado por el temor, el dolor y la impotencia” (Osorio, 2004:183). La destrucción es un fenómeno rápido y abrupto que transforma la vida de las víctimas, es un periodo en el cual el pasado y el futuro se desvanecen ante la crueldad e incertidumbre del presente. Es aquí donde se produce una ruptura con antiguas identidades y lazos de cooperación social y familiar. El tiempo de confinamiento o de nomadismo es un periodo de tránsito en el cual la población desplazada aún no ha definido su lugar de reasentamiento, ni las estrategias a desarrollar para reorganizar su familia, su economía y sus actividades tradicionales. Durante este periodo las personas pueden

desplazarse por varios lugares, perder vínculos con sus familiares y presentar altos grados de inestabilidad emocional, social y económica (Osorio, 2004).

Todos estos procesos a los que hacen referencia los autores pueden ser evidenciados en el caso de la población armerita. El momento de la destrucción se presentó aquel 13 de noviembre de 1985, cuando la avalancha no sólo acabó con el patrimonio económico de los armeritas (viviendas, muebles, medios de trabajo) sino que fragmentó totalmente las relaciones familiares y sociales de la población (miles de personas perdieron a uno o más de sus familiares y vecinos o amigos). Este momento fue rápido y abrupto pues la avalancha, en menos de una hora fragmentó para siempre el tejido social de los armeritas.

Así es como recuerda aquellos momentos Martín⁷, uno de los armeritas que hoy residen en Soacha:

“...eso fue a las once yo estaba dormido, había estado por allá en una reunión, y me acosté temprano, y a las once y cuarto, once y diez empezó la..., la..., el..., cómo le quiero decir, el, el alboroto de la gente por allá corriendo, corriendo (silencio)... hasta que una vecina casi me tumba la ventana, que corriéramos, que se había venido el volcán; yo le eche mano únicamente a una camisita, porque allá duerme uno en pura pijamita y me puse el pantalón y le fui a echar mano a la camisa y se me cayó entonces no ¡ay! yo lo dejé así y salí sin camisa. Como es un clima caliente yo salí, lo único que sé es que la naturaleza es una cosa que uno no se da ni cuenta porque eso como que lo impulsa, porque había una señora que tenía, que le había dado trombosis, una vecina y era una viejita en esa época de 67 años poco más o menos y ella caminaba muy así, muy incómoda, ella se salvó y nosotros nos fuimos, caminando con ella... para coger una loma que había al otro lado unas cinco cuadras. Vi que venía el volcán eso se veía una bola así, se veía como así amarillosita pero era por el color del azufre, ya no había luz, ya no había servicio de luz pero si se veía eso como si fuera una luz, entonces llegué y me tocó devolverme, ahí nos reunimos varias personas en el mismo sector, nos devolvimos y cogimos por otra callecita para salir al centro, donde estaba bomberos pero cuando eso, eso se veía como a una altura como por ahí unos cuatro metros así y eso sonó muy duro, eso me dañó los oídos en realidad, como cuando un avión le pasa bajito a uno y venía y yo vi eso en frente de la taquilla que era del estadio, taquillita del estadio, y eso sonaba, eso traqueaba ese poco de piedras y las casas y eso cogía las casas y eso era por decirle hacerle así a una cajita de fósforos si con un dedo, eso lo vivimos nosotros los que estábamos con propio sentido, nos dimos cuenta de eso porque la mayor parte de gente pues ehh los nervios...

⁷ Nombre cambiado. Sobre la observación que se realiza al inicio del escrito.

Bueno eso pasó y nos fuimos a buscar la salida, cuando llegamos a buscar la salida allá para Guayabal como para coger para el lado del cementerio que era como lomita ehh no fue posible porque estaba tapado todo, todo, porque era las casas ya habían caído y el único sector donde quedamos nosotros fue la parte que se llama el mercadito, osea una cuadra una manzanita, porque por ahí a la vuelta era bomberos y ahí nos cogió la avalancha, era como a tres o cuatro cuadras del cementerio y a la salida era la principal porque era la 18, era la calle principal de Armero, era la 18, entonces nosotros los que pudimos salimos corriendo gritando y ahí es donde uno se da cuenta de que existe Dios... pero a grito entero eso era, todo ahí no había discriminación, gente que salió puro en pijamita, como era un clima caliente, la mayor parte salió en camisitas, no me estoy refiriendo, a que salían desnudos noo, pero en ropa muy sencilla de dormir, la mayor parte, otros lograron pues se habían prevenido porque habían oído las noticias y habían avisado que de pronto se venía el volcán y había una reunión esa noche con el cura. Entonces salimos dándole la vuelta a la manzana así cuando venía el resto ya terminando la avalancha. A mi me subió por ahí unos 30 centímetros de los pies, pero regresamos, ahí estábamos contra la espada y la pared como dicen porque no sabíamos en qué momento volvía a ingresar. Eso sí, se veía en más potencia en la arena esa, pero cosa que Dios nos libró y nos dejó en ese pedazo ahí quedamos...”

Esa noche murieron cerca de 26.000 personas. Familias enteras fueron sepultadas hasta con sus animales. Y es que, según el relato de algunos armeritas, aquella noche no sólo se escuchaba el grito desesperado de padres buscando auxilio para sus hijos o niños llamando desesperadamente a sus padres, sino el gemir desesperado de miles de animales que también fueron víctimas de aquella tragedia. Los días siguientes a la tragedia no fueron muy alentadores para los sobrevivientes, quienes debieron presenciar cómo sus vecinos, familiares y amigos morían ahogados en el barro o deshidratados en los árboles ante la mirada impotente de los organismos de socorro.



Imagen 4. Momento de la destrucción. Miles de familias perdieron sus bienes materiales. Imagen tomada de <http://www.noticiasrcn.com/imagenes/imagenes-tragedia-armero-hace-29-anos>

Según queda registrado por algunos autores, “los esfuerzos de rescate fueron obstaculizados por la composición del lodo que cubría al pueblo, lo que hacía casi imposible el moverse sin quedar atrapado. Para el momento en el que los rescatistas alcanzaron Armero, doce horas después de la erupción, muchas de las víctimas con heridas graves habían ya muerto. Los trabajadores de rescate quedaron horrorizados tras observar el panorama de desolación dejado tras la erupción, con árboles caídos, restos humanos irreconocibles y escombros de edificaciones”⁸. Esta es la razón por la cual, días después de la avalancha, seguían muriendo las personas en Armero.

María, una de las armeritas entrevistadas, relata que en el momento en que sucede la avalancha entra en shock. Dice no recordar nada de ese día, despertó días después en un hospital de Bogotá con la noticia de que su pueblo estaba destruido y con él, por supuesto, sus enseres y bienes personales. Además de esto, nunca volvió a ver a su madre, a su hermana ni a sus sobrinos.

⁸ Ver PROYECTO DE LEY 193 DE 2010 SENADO. Disponible en http://armeroguayabal-tolima.gov.co/apc-aa-files/62366463306430393264376461323734/PROYECTO_DE_LEY_193_DE_2010_SENADO.pdf



Imagen 5. Momento de la destrucción. Miles de personas perdieron a sus familiares, vecinos y amigos. Imagen tomada de <http://www.latarde.com/noticias/pereira/142167-tragedia-de-armero-se-cumplen-29-anos-y-el-dolor-sigue-intacto>

El relato de María no es atípico, una vez sucedida la tragedia los sobrevivientes de Armero debieron pasar por diferentes lugares antes de lograr su reubicación: hospitales, albergues, casas de familiares en Honda, Ibagué, Mariquita o Bogotá. La travesía para los armeritas fue larga. Una vez más vale la pena retomar el testimonio de Martín, quien fue rescatado en helicóptero por el ejército y llevado, primeramente a la azotea del hospital de Armero, una de las pocas instalaciones que quedó en pie,

“...Ahí nos estuvimos dos días encima de la zotea del hospital, aguantando sed, de todo hambre, porque nos llevaban una mediecita de de agua para tres (silencio) menos mal que quedaron tiendas por ahí cerquita y las canastas que venían con envases y con agua, ahí se logró sacar gaseosita y limpiarla del barro y tomábamos ya después cuando nos sacaron, pero a uno le daba mucho pesar ver la cantidad de gente, llegaba un helicóptero le botaban un lazo y ahí es donde se da uno cuenta sí quiere uno vivir en la vida... se prendían de una sola manito los que más podían...”

Una vez es sacado de Armero, Martín es llevado a un alberque en Guayabal, pero de ahí decide irse a Bogotá a alojarse por algún tiempo en la casa de familiares. Aunque Martín no perdió ningún familiar en la avalancha, pues era separado y sus hijos ya no

vivían en Armero, si perdió su casa propia y un taller de mecánica, su única fuente de trabajo. Además de esto, relata sentir mucho pesar por sus amigos y vecinos muertos pues, este armerita, sostiene que los pobladores de aquel lugar eran personas muy amables y de un “corazón grande y generoso”.

El periodo del confinamiento o nomadismo se alargó, para los armeritas, entre 4 y 6 años, tiempo en el cual debieron pasar por diversos sitios (albergues o casas de familiares), exponiéndose a una gran inestabilidad emocional, familiar, social y económica que les dificultaba emprender la construcción de un nuevo proyecto de vida. Algunos de ellos nos cuentan cómo vivieron este proceso,

“...Hubo gente que estuvo mucho tiempo allá debajo de una carpa...eeehhh! Pasando muchas necesidades en todo sentido, allá en el Tolima, acá en Bogotá hubo muchos en los albergues. Yo llegué derecho a la clínica y de la clínica a una casa y en eso fue diferente mi vida, pero hubo mucha gente que estuvo mucho tiempo en los albergues y de posada en muchas casas, sufriendo, fue terrible... es decir, a nosotros, a mi esposo, a mi hija y a mí la avalancha nos sacó a las 10 de la noche de la casa...totalmente... esa avalancha nos arrasó y fuimos a parar al monte mmm... mi esposo se perdió... el duró perdido tiempo, yo logré salir con mi hija ... duramos tres, cuatro días allá...digamos en el monte sin rescatarnos, cuando nos rescataron llegamos acá a Bogotá directo a la clínica, estábamos totalmente desnudas, quemadas...yo no supe que fue lo que pasó en Armero, cómo quedó Armero, qué había sucedido, no supimos...yo en esa clínica nada nada...”

Después de salir de la clínica, esta armerita debió pasar por la casa de varios familiares antes de lograr su reubicación definitiva,

“Yo del monte salí para la clínica y después que salí de la clínica, empecé todo lo de la carnetización⁹ y muy delicada de salud yo no podía caminar todo esto...nos llevaron por allá al bienestar familiar a carnetizarnos yo en cuatro patas muy mal, luego me fui recuperando lentamente gracias al señor eehhh... Me fui a vivir a donde una prima ella era pensionada del seguro social, eso fue en Bogotá, ella me brindó mucho apoyo, me ayudó a sanar, cuando ya mi hijo consiguió una casita y nos llevó a vivir allí por un tiempo...”

⁹Para acceder a los subsidios establecido por el Gobierno Nacional, los damnificados de Armero debían someterse a un proceso de carnetización que los acreditara como armeritas.

Ahora bien, también se debe tener en cuenta que no todos los armeritas encontraron refugio en la casa de familiares, pues en muchos casos toda la familia residía en Armero y se vio damnificada. A algunos armeritas les tocó pasar la etapa del nomadismo en diversos albergues bajo precarias condiciones socio-económicas. Otros armeritas, incluso, emprendieron un “peregrinaje” por los distintos albergues creados en Guayaban, Honda, Ibagué, Bogotá... en busca de sus familiares y seres queridos desaparecidos. La destrucción del tejido familiar y social al cual se vieron enfrentados los armeritas se hace evidente en cada uno de sus testimonios.

En el caso de los armeritas puede observarse que, tal como lo afirma Bello (2000), las personas que se enfrentan a un proceso de desplazamiento —especialmente en los momentos de la destrucción y el confinamiento o nomadismo (Osorio, 2004), enfrentan una fuerte transformación en sus roles, pautas de comportamiento, creencias y hábitos. Así, por ejemplo, muchas armeritas que en su territorio de origen se desempeñaban como amas de casa, tras la tragedia debieron emplearse en un sinnúmero de trabajos con el fin de solventar las necesidades del hogar (empleadas domésticas, empleadas en restaurantes y panadería, vendedoras ambulantes). También es el caso de muchos niños que perdieron la posibilidad de seguir asistiendo a una escuela y desempeñar las diferentes actividades recreativas que realizaban en su territorio (paseos al río, juegos en el parque...). O de muchos hombres que eran propietarios de sus fincas o lugares de producción y debieron llegar a la ciudad a desempeñarse como empleados asalariados.

Al tiempo de la destrucción y el nomadismo le sigue, según Osorio (2004) el tiempo del recomenzar. ¿Cómo vivieron este momento los armeritas? ¿En qué lugar del país pudieron vivir este proceso? ¿Bajo qué condiciones? A continuación seguiremos adentrándonos en los relatos de los armeritas para tratar de comprender este proceso.

1.3. “Reconstruir sobre el pantano”: Los armeritas y su re-empezar en Soacha

Tras la avalancha ocurrida en Armero en 1985 y que destruyó, prácticamente, la totalidad del municipio, el Gobierno Nacional creó pocos días después una entidad llamada

Resurgir, cuyo objetivo era coordinar todas las tareas de reconstrucción de Armero a través de los millonarios fondos que desde la comunidad internacional, el Gobierno Nacional y la empresa privada fueron donados para tal fin. El primer gran reto para esta entidad fue establecer cuál era el número real de damnificados, pues aunque los sobrevivientes de la tragedia no sobrepasaban las 6.000 personas, había otras personas de municipios aledaños que dependían económicamente de las labores que desempeñaban en Armero y que también recibieron subsidios. Esto sin contar a las miles de personas que, aprovechándose de la situación, se trasladaron a los albergues desde distintas zonas del país para beneficiarse de las ayudas.

Para reconocer a los damnificados Resurgir empezó un proceso de carnetización. Así relata una armerita cómo vivió este proceso,

“...pues como hubo tanto infiltrado y gente sin corazón que se hizo pasar por armeritas sin serlo, nos tocaba ir a demostrar y a decir que nosotros si éramos los de verdad de Armero, es que a muchos se nos perdieron los papeles, entonces si nos reconocía el que estaba carnetizando, pues muy de buenas, y sino pues responder a toda esa mano de preguntas. Nos carnetizaban porque el Estado estaba entregando ayudas, casas y más cosas y pues para que supuestamente no pasara lo que pasó y es que unos que no eran armeritas se quedaran con las ayudas...Entonces...allá en el bienestar nos carnetizaron, pero después nos tocó hacer una colas de tres días y tres noches, así como estábamos allá en el Centro Nariño y en una humillación que eso si me duele...A las personas que quisieron les dieron carnet por separado, a hijos y a papás...A mí me lo hizo por mis cuatro hijos que ya casi todos eran mayores de edad y por mi esposo, me hizo un solo carné por el núcleo que era mi familia...”

Al final, 9.250 familias, equivalentes a 28.000 personas fueron carnetizadas. El carnet de damnificados les permitía acceder a un subsidio mensual por familia (aproximadamente \$4.500), así como a proyectos de asignación de viviendas, constitución de microempresas, cupos escolares para niños, entre otros beneficios. Obtener el carnet fue el primer paso para que los armeritas pudieran acceder a los subsidios de vivienda que se entregaron, entre otros lugares, en Soacha. De Armero a Soacha, ¿Por qué esta elección? Las respuestas son contundentes, los armeritas no escogieron vivir en Soacha, las viviendas se asignaron por sorteo,

“... Aquí daban el subsidio... aunque no era que se pudiera escoger, era por un sorteo y en donde saliera. Yo pensaba que Soacha era un barrio de Bogotá, nunca pensé que fuera un municipio hasta cuando ya me tocó vivir aquí... cuando yo llegué esto era un pantano”

La reubicación en las viviendas de Soacha fue un proceso largo y problemático para los armeritas. Muchos tuvieron que enfrentarse a fuertes trabas burocráticas para acceder al carnet que los acreditara como damnificados: interminables filas en diferentes instituciones distribuidas en varios lugares del país, documentos personales que muchos habían perdido en la avalancha (cédulas, declaraciones de renta, recibos de servicios públicos)... trámites y más trámites que debieron realizar los armeritas en medio de sus dolencias físicas y emocionales,

“... Tuve también problemas, tenía que certificar que los hijos que tenía si eran de allá y que no sé qué (silencio) entonces llegó y me dijo que tenía que demostrar que eran hijos y dio la casualidad que yo le giraba a ellos y esos recibos estaban en Velotax, eso me salvó y vean aquí están y con eso demostré que yo los estaba sosteniendo, les mandaba plata desde allá y aquí está la constancia. Luego que tenía que traer declaración de renta, y sí, yo alcancé a hacer declaración de renta, fueron y encontraron, pero no encontraron la propia sino la de Hipoventas, porque había que pagar al cinco...al cinco era... o al diez... no me acuerdo cuanto, bueno cuando sacaron eso, alcanzaron y debía, como debía yo como \$3.000 \$2.000 y ni siquiera me los rebajaron. Eso fue en el... aquí en el Tequendama, en el edificio en el séptimo piso, una cosa así. Sí, a nosotros nos tocó batallar bastante...”

Una vez realizados los diferentes trámites exigidos por Resurgir, los armeritas debieron esperar alrededor de 6 años hasta que les fueran asignadas sus viviendas. Muchos de los armeritas entrevistados coinciden en que fue para el año de 1991 cuando les fueron entregadas las casas en Soacha, en obra negra, sin puertas, sin ventanas, sin escrituras y sin los servicios de energía, agua ni alcantarillado. Con el paso de los años muchos han podido remodelar estas viviendas, otros, mientras tanto, siguen viviendo en precarias condiciones. Además de las viviendas, el carnet de Resurgir les servía a los armeritas para acceder a capacitaciones con el SENA y vinculaciones laborales con algunas empresas.

¿Cómo vivieron los armeritas ese proceso de recomenzar en Soacha? Antes que nada es preciso introducir una aclaración. Para ello, retomamos lo planteado por Salcedo (2008), quien realiza un estudio sobre población desplazada en Bogotá,

“En las narraciones de las personas con quienes conversé encuentro una gran diferencia entre quienes acaban de llegar a Bogotá y quienes llevan más de dos años en la capital. En los discursos de los primeros priman la depresión, el agobio y la tristeza generados por la incertidumbre en torno a su futuro y la precariedad de sus nuevas condiciones de vida. Quienes llevan más de dos años en la ciudad ven que la experiencia de desplazamiento les ha dado la posibilidad de ver más allá, de conocer más gente y de abrir nuevos espacios sociales y políticos para lograr la reconstrucción de sus trayectorias vitales” (Salcedo, 2008: 314)

Se considera que es fundamental tener en cuenta que ya han pasado 30 años desde la avalancha de Armero. De esta manera, muchos de los armeritas ya llevan alrededor de 24 años viviendo en Soacha y, de esta forma, sus percepciones actuales de cómo fue el proceso de reasentamiento en este lugar receptor está condicionado por variables diferentes a las que hubieran interferido si la investigación se hubiese realizado 20 años atrás. Por ejemplo, quienes han obtenido trabajos estables y han logrado, hoy por hoy, tener una economía rentable, recuerdan con nostalgia a Armero pero resaltan a Soacha como un lugar de oportunidades. Otros, quienes por diversos factores aún no han logrado tener una buena calidad de vida (pérdida de familiares y patrimonios económicos), hacen énfasis en las problemáticas sociales (delincuencia, drogadicción, pobreza) y de infraestructura (dificultades en el transporte, falta de obras públicas) que presenta Soacha.

Aunque es importante considerar esta variable, teniendo presente a autores como Martin (2015) y Cometti (2015), quienes sugieren la importancia y la necesidad de realizar investigaciones que den cuenta del impacto, a largo plazo, que tiene el fenómeno del desplazamiento en una población determinada. En esta medida, se considera que esta investigación aún es pertinente, pues analiza la situación en la que se encuentra una población tras 30 años de su desplazamiento.

Ahora bien, retomemos la pregunta, ¿Cómo se dan los procesos de recomposición de las estructuras familiares y sociales de los armeritas una vez reubicados en Soacha? Después de la destrucción y el nomadismo, procesos ya estudiados, empieza el

recomenzar, que incluye la recomposición familiar y la re-elaboración del tejido social. La recomposición de la familia, que puede pasar a integrar otros núcleos familiares afectados por la situación y reemplazar, con el paso del tiempo, los familiares perdidos (conyuges). Se produce, además, una transformación en los roles y en las relaciones de poder tradicionalmente constituidas, así, “los tradicionales esquemas de poder y autoridad se alteran recomponiendo ordenes de jerarquía y redistribuyendo en muchos casos los roles. Los nuevos contextos condicionan y enmarcan la acción de la pareja, redefiniendo los lazos y re-negociando no sólo las identidades, sino las posibilidades identificatorias que la ciudad propone” (Bello, 1999). Así, por ejemplo, se dan casos en los que después del evento desplazatorio los dos conyuges deben salir a trabajar, mientras en los lugares de origen sólo lo hacía el hombre, mientras la mujer se quedaba a cargo de la casa y de los hijos.

Casos como el de Marta nos permiten ejemplificar el modo como estos patrones de reconfiguración familiar y cambios de roles se reproducen en las familias armeritas. Ella perdió a su esposo en la avalancha de Armero, sin embargo, sus dos hijos, de 9 y 11 años se salvaron. En uno de los albergues conoció a su actual esposo, otro damnificado de Armero con quien, después de compartir los sinsabores del “tramiteo” se unió para conseguir la casita en la cual actualmente viven en Soacha. En su nueva casa debieron enfrentarse a fuertes dificultades económicas, pues ambos eran campesinos y en muchas empresas eran descartados por ser mano de obra poco calificada. Finalmente ella se empleó en el servicio doméstico y él en la construcción.

Sin embargo, relata que el impacto de estas transformaciones sobre sus hijos fue muy abrupta: primero que todo perdieron a su padre, en segundo lugar hubo una fragmentación en su entorno social (nueva familia, nuevo barrio, nueva escuela) y por último, debieron acostumbrarse a que su madre ya no estaba en casa para ellos sino que debía salir diariamente a cumplir con actividades laborales que le permitiera solventar los gastos del hogar. De esta manera, la familia de Marta, la cual en Armero estaba conformada por su esposo y dos hijos; ahora está conformada por su nuevo esposo (el remplazo del fallecido), los dos hijos de su primer matrimonio –quienes ya no viven con ella, y una hija de su segundo matrimonio.

Ella, además, nos cuenta con angustia el cambio en los patrones de crianza que se presentaron en la educación de sus dos primeros hijos en Armero –un pueblo sano, donde los niños iban a la escuela, participaban de salidas y paseos familiares y, lo más importante, estaban rodeados de “niños de bien”- y su tercera hija, nacida en Soacha –un lugar en el que la familia no tenía las mismas facilidades económicas pero, lo más “grave” según ella, la juventud se encuentra perdida en la delincuencia, la drogadicción, la pornografía y el libertinaje.

En este contexto es importante mencionar que la situación de los niños que sobrevivieron a la avalancha de Armero es particularmente preocupante y da cuenta de la reconfiguración familiar a la que se vieron enfrentados los habitantes de este municipio tras el evento desplazador. La Fundación Armando Armero, ha elaborado el libro blanco de los niños perdidos de Armero, en él se encuentran los nombres, fotografías, datos e historias de 107 menores que hace 30 años salieron vivos o no se supo de su paradero¹⁰ y que aún hoy son buscados por sus padres. Esta fundación también ha documentado casos de reencuentros entre niños armeritas que fueron adoptados por parejas extranjeras y sacados del país y sus padres biológicos. Y es que, según lo han denunciado diferentes organizaciones, debido a la negligencia, o complacencia del Estado, decenas de niños armeritas fueron dados en adopción a parejas extranjeras que los sacaron del país aun cuando sus padres vivían y deambulaban por los diferentes albergues constituidos en el país en busca de sus hijos,

“...porque la improvisación, la buena o mala fe hicieron que no pocos infantes fueran sacados del país, adoptados por los conductos regulares o irregulares y que hoy se encuentren en otros países, como Israel, Estados Unidos, España, Holanda o Suecia, entre otros”¹¹

¹⁰ Fundación Armando Armero. Disponible en <http://www.armandoarmero.com/spip.php?article558>

¹¹ Fundación Armando Armero (2011). Disponible en <http://www.armandoarmero.com/spip.php?article510>



Imagen 6. A través de la difusión de las fotografías de los niños perdidos, la Fundación Armando Armero espera reencontrar a más familias separadas por la tragedia del 13 de noviembre de 1985. Imagen tomada de <http://www.armandoarmero.com/spip.php?article532>

En los lugares receptores las familias desplazadas se enfrentan a fuertes situaciones que dificultan la reconstrucción de sus identidades individuales y colectivas. Como ya se había mencionado anteriormente, son varios los autores que coinciden en la alta vulnerabilidad de los derechos humanos a las que se enfrentan las familias desplazadas (y esta es una de las características compartidas entre los desplazados por lo violencia y los desplazados por razones medioambientales). Algunas de las dificultades a los que se enfrentan los desplazados que se reasentan en la ciudad son: la carencia de trabajos dignos y estables que se correspondan con las habilidades y conocimientos de las personas, la falta de vivienda propia y el desconocimiento del nuevo entorno y de quienes allí habitan (Bello, 2000).

Y es que aunque los armeritas llegaron a Soacha tras la adjudicación de una vivienda propia, la carencia de trabajos dignos y el acoplo al entorno fueron dos situaciones difíciles que debieron sortear. A diferencia de su vida en Armero, en Soacha se encontraron inmersos en situaciones a las que muchas de estas personas no estaban acostumbradas: grandes distancias entre sus viviendas y sus nuevos lugares de trabajo, dificultades en el transporte, ambiente de tensión e inseguridad. Así recuerda una armerita su llegada a Soacha,

“Mire niña, hace 21 años Soacha no era tan poblado como es ahorita, todo esto alrededor que usted ve construido era solo potreros, Armero es una calle y esta que baja, son 200 casas y esta es la última, entonces esto era solo potrero... Aquí no había ruta que nos entrara a San Mateo, teníamos esos buses de los amarillos grandotes, pero esos buses no entraban de noche, ni madrugaban a salir...Yo cuando me vine trabajaba y sufrí mucho, debido a eso me tocó retirarme del empleo, yo trabajaba en Chapinero, en Venecia, en Fontibón y, entonces, yo bregaba mucho para llegar aquí tarde en la noche, yo tenía que salir por allá a la estación a esperar...cuando eso no había el transporte que hay hoy en día para Soacha, eso pasaba cada hora un Compartir, entonces yo tenía que esperar y cuando me recogía me dejaba por allá abajo que eso era una laguna llena de vacas y tener que caminar todo ese trayecto por una vía destapada. El colegio y el centro de salud no existía, eso era mero potrero y yo me tenía que meter por unos alambrados y se acuerda cuando quitaban la luz un tiempo, pues eso me afectó mucho a mí...mis hijos me tenían que sacar a las 4 de la mañana porque eso era oscuro y feo y era una odisea, finalmente, me retiré por eso del trabajo”

Otras personas resaltan con nostalgia como llegaron con muchas ilusiones a Soacha (pensaron que tendrían la oportunidad de mejorar sus condiciones socio-económicas) tras pasar por una larga etapa de inestabilidad emocional, social y económica. Sin embargo, se encontraron en un entorno desconocido en el cual encontraron muy pocas oportunidades laborales: “creí que por ser capital tendría más oportunidades laborales, pero la ciudad me dio duro, al comienzo no hablaba con nadie y este barrio era lejos, feo y peligroso”, relata un armerita.

Sin embargo, tal como lo afirma Salcedo (2008), las percepciones sobre la ciudad receptora van cambiando en los relatos de los desplazados en la medida que se van acoplando a ella y se van insertando en sus dinámicas laborales, sociales y económicas. En el siguiente relato se percibe como, con el pasó de los años, la gente empieza a adaptarse a su nuevo entorno,

“...Yo no me puedo quejar, ahora con mis ventas me va bien, la gente ya me conoce y me buscan para venderles cosas. Recién llegamos si fue difícil, porque no conocíamos a nadie y la gente era muy seria, en Armero la gente era amable y así no se conocieran, por lo menos sonreían... Acá en el mismo barrio ya no somos sólo armeritas, y el trato es normal, eso sí hay un grupito de vicios y, obvio, no son armeritas. Hay gente amable y otros que no tanto, pero eso pasa en todos lados”.

Ahora bien, esta adaptación a las nuevas condiciones implica, muchas veces, una condición de “resignación”, en la que no se puede evitar recurrir a la “esencialización del antes” (Salcedo, 2008). En muchos de los relatos está presente una oposición entre la vida soñada de Armero y la cruda realidad de Soacha,

“Con los vecinos somos muy distantes, por eso le digo que no somos unidos, que esto se nos dañó totalmente, porque aquí vino a nacer mucho niño de hijas de Armero, es decir, los de Armero ya somos de la tercera edad, pero los hijos de armeritas que se criaron acá... esa juventud está perdida, es que una cosa es crecer en Armero y otra diferente en Soacha, son muy pocos los niños que llegaron acá pequeñitos y que hoy en día son adultos, entonces, aquí a las muchachas nos les gusta prepararse, a los muchachos no les gusta estudiar... Esos muchachos están dañados, por culpa de ellos hay unas 4 ollas y la policía sabe, pero no hacen nada, aquí la juventud se dañó, menos mal los míos si salieron bien. Después de la tragedia mucha muchacha quedó sola y se vino para acá y se embarazaron de lo primero que se encontraron, por ahí mamás de 6 ó 7 hijos, sin un papá que responda, sin amor de mamá, sin ese amor de familia con el que uno se enseñó a crecer allá en Armero”

Frases como “es que la juventud y la familia en Armero eran diferentes” nos permiten identificar como en los procesos de reubicación geográfica y recomposición de lazos sociales y familiares siempre aparecen procesos de memoria en los cuales las personas establecen comparaciones permanentes entre el lugar de origen y el lugar receptor. Una de las principales características de los eventos desplazatorios de tipo forzado (como es el caso de un desastre natural) es que el pasado y el lugar de origen siempre se rememora como algo idílico, algo a lo que se quiere volver,

“...estoy ahorrando para poderme ir [de Soacha], yo si me quisiera ir, yo cuando llegué acá soñaba con esto iba a ser por lo menos parecido a lo que teníamos en el pueblo, pero no, nosotros no tenemos una convivencia bonita, no hay unión...a mi Armero yo lo extraño mucho, porque yo allá tenía muchas amistades y mi clientela y había gente que yo quería mucho...”

Según lo afirma Salcedo (2008) la inserción de desplazados en la ciudad es un contrapunteo entre antiutopía y utopía. “Por antiutopía me refiero a los sentimientos de depresión y tristeza que acompañan la atomización de la familia, la falta de reconocimiento

y el decaimiento social en términos de prestigio. Con el término utopía a la dura prueba después de la cual pudieron crear nuevas redes, ver más allá, comprometerse con nuevos espacios políticos y encontrar nuevas oportunidades de educación y formación” (Salcedo, 2008:328).

Estas oposiciones entre utopías y antiutopías; el amor, la unión social y familiar experimentados en Armero versus el individualismo y desasosiego presentes en la ciudad, nos remite al clásico debate sociológico entre comunidad y sociedad. Fue para el año de 1887 cuando Ferdinand Tönnies se refirió a la “oposición entre dos estados de la cultura en el plano social y el individual”. Por un lado se encuentra la comunidad, un organismo, natural y real, regido por un espíritu familiar, la costumbre y la religión y caracterizado por el afecto, el amor, la comprensión, la amistad, la gratitud y la fidelidad entre las personas que la conforman. Opuesta a esta se presenta la sociedad, un mecanismo artificial e ideal, donde los poderes económicos, políticos y científicos reemplazan la familia, la costumbre y la religión. En esta, además, el egoísmo, así como la ambición económica y de ganancia desvanecen los valores presentes en la comunidad (Schluchter, 2011).

La sociedad, prosiguen estos autores, deja atrás los valores utópicos de la comunidad, y transforma las relaciones humanas en un contrato, donde las partes contratantes se miran las unas a las otras como medios para lograr un fin, el cual no está ligado a un bien común (como en la comunidad) sino al individualismo y al egoísmo de los particulares. De tal forma, la sociedad es vista como una máquina, un aparato, una herramienta en la cual hay un predominio de la razón en detrimento de las emociones. En este sentido, y retomando a otro clásico de la sociología, las relaciones humanas pasan de ser uniones de lazos fuertes (comunidad) a interacciones de lazos débiles (sociedad). Recordemos que para Granovetter, la fuerza de los vínculos (fuertes, débiles o ausentes) está asociada a “la combinación del tiempo, la intensidad emocional, intimidad (confianza mutua) y los servicios recíprocos que caracterizan a dicho vínculo. Cada uno de estos aspectos es independiente del otro, aunque el conjunto esté altamente intracorrelacionado” (Granovetter, 1973:2)

Y es que, como lo han descrito autores como Tönnies y lo hemos venido demostrando a partir de los relatos de los armeritas, mientras en las relaciones sociales de

lazos fuertes experimentadas en la comunidad se resalta la afectividad, solidaridad, confianza, amistad y reciprocidad entre familiares y vecinos; en las relaciones de lazos débiles presentes en la ciudad prevalece el individualismo y la desconfianza hacia las otras personas. Álvaro (2010) lo presenta de la siguiente forma: “En la comunidad permanecen unidos a pesar de todas las separaciones, en la sociedad permanecen separados a pesar de todas las uniones” (20). Y es que para los armeritas, así en Soacha hayan sido ubicados en un mismo barrio, en una misma cuadra, el vínculo social nunca volvió a tener la misma fuerza con que se presentaba en su comunidad.

Es importante resaltar otra de las ideas de Tönnies, quien afirmaba que la comunidad era anterior a la sociedad, es decir, le antecede en el tiempo. Debido a los cambios sociales, la sociedad paulatinamente va reemplazando la comunidad, pero es un reemplazo defectuoso, ya que nunca alcanza a suplir las necesidades afectivas de los individuos,

“Disuelta la comunidad y las formas de vida en común que le son propias, la sociedad viene a ocupar su lugar... Esta novedad que es la sociedad moderna habría venido a colmar el vacío dejado por la comunidad. Mas este vacío, empezamos a sospecharlo, no se colma fácilmente. La comunidad es por naturaleza, y como la naturaleza, insustituible. Por eso mismo, en el interior de este sistema de oposiciones jerárquicas, la sociedad está condenada a ser un sustituto de lo insustituible y, en consecuencia, un mal sustituto” (Álvaro, 2010:21).

Para los armeritas, quienes debido a un desastre natural debieron abandonar su lugar de origen y, por ende, la “comunidad” construida al interior del mismo, el lugar receptor se convierte en, tal como lo describe Tönnies, un mal sustituto que nunca llega a igualar las relaciones de lazos fuertes anteriormente presentes entre armeritas. Ahora bien, es importante entender la dicotomía comunidad/sociedad como tipos “puros” o “ideales” que permiten entender la realidad en la medida que, como puede haber situaciones que apoyen estos conceptos, hay otras que los controvierten.

Y es que, mientras algunos armeritas residentes en Soacha, aún 30 años después, están llenos de sentimientos de tristeza por la pérdida de algún familiar o los cambios ocurridos en sus formas de vida tras la llegada a Soacha (“donde hasta el clima lo enferma a uno”), otros armeritas, con el pasar de los años han aprendido a insertarse en las lógicas sociales y económicas de la ciudad (sociedad) y hoy en día se sienten satisfechos de vivir en un lugar que les permitió “soñar de nuevo”, conocer sus nuevos conyuges, conseguir sus propios negocios y dar oportunidades de formación profesional a sus hijos.

A lo largo de este capítulo hemos hecho un recorrido por las transformaciones ocurridas en el entorno familiar y social de los armeritas una vez se ven obligados a abandonar su territorio a causa de una catástrofe ambiental. El recorrido abarca desde cómo era su vida en Armero hasta cómo es su vida actualmente en Soacha, analizando los tres procesos por los cuales atraviesa la población en situación de desplazamiento: destrucción, confinamiento o nomadismo y reconstrucción.

El momento de la destrucción, marcado por la ocurrencia de la avalancha, implicó la pérdida de bienes materiales y humanos y, en esta medida, la fragmentación del tejido familiar y social de muchos armeritas. El periodo del nomadismo, definido por muchos autores como una etapa liminal (Salcedo, 2008), está marcado por el desarraigo, la incertidumbre y la desesperanza. El recomenzar, por su parte, implica la reconstrucción del proyecto de vida familiar y comunitario en el lugar receptor –en este caso Soacha. Este proceso no se presenta de igual forma en todas las familias armeritas, pues hay quienes se adaptan más que otros al tránsito comunidad-sociedad.

En este capítulo se optó por analizar la compleja problemática social de la población armerita a partir de los diferentes acercamientos teóricos que se han realizado sobre desplazamiento forzado en Colombia. Sin embargo, es preciso indicar que en nuestro país, y debido al contexto nacional¹², la atención se ha centrado en el desplazamiento producto del conflicto armado (político). Ejemplo de esto son las investigaciones realizadas por

¹² Según la oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) desde la década de los 80s en Colombia se han desplazado más de 5 millones de personas a causa del conflicto armado, posicionando al país como uno de los lugares del mundo con mayor número de desplazados internos.

Pecaut (1998), Bello (2000), Castillejo (2000), Uribe (2000), Romero (2001), Meertens (2002), Ardila (2006), Ibañez (2008), Urrutia (2008), Piñeros (2012). Ahora, es preciso indicar que aunque se puedan identificar similitudes en el proceso del desplazamiento, el desplazamiento medioambiental tiene unas particularidades que precisan ser analizadas con detenimiento.

Es por esto que el objetivo del siguiente capítulo es analizar la condición de los armeritas residentes en Soacha tomando como eje de análisis la categoría de desplazamiento ambiental, un tema que emerge cada día con más fuerza en la agenda política y académica tanto nacional como internacional.

Capítulo II: Desplazados armeritas. Las particularidades del desplazamiento medioambiental.

*“Nosotros somos damnificados por una tragedia natural,
somos únicos en Colombia,
pero de eso no se acuerda el Estado”¹³*

2.1. Desplazamiento medioambiental, una categoría emergente

Como “una nueva realidad” define Solà Pardell (2012) el tema del desplazamiento medioambiental. Y es que aunque desde tiempos remotos, como lo expresan diferentes narraciones míticas, diferentes grupos humanos se han visto en la obligación de migrar a otros lugares como consecuencia de diversas catástrofes naturales (incendios, inundaciones, sequías), es tan sólo en los últimos años, producto del cambio climático y de las cada vez más visibles tragedias naturales (ej. Tsunami en Japón, huracán Katrina, terremotos en Haití y Nepal) que el desplazamiento medioambiental se ha posicionado como un tema de creciente interés político y académico.

Desde ecologistas hasta economistas, desde geógrafos hasta politólogos, desde instituciones académicas hasta ONGs e instituciones de gubernamentales; el abordaje que se le ha dado a este tema en los últimos años ha sido interdisciplinario. Ya desde 1948 ambientalistas como William Vogt y Lester Brown empezaron a poner la vista en un tema hasta entonces no explorado: las relaciones entre las migraciones y los desastres naturales. Con el paso de los años, y la intensificación de ciertos fenómenos naturales a raíz del cambio climático, empezó a surgir un lenguaje específico alrededor del tema (Egea y Soledad, 2011)

¹³ Nota de campo.

Así, El Hinnawi, define por primera vez en 1985 a los desplazados ambientales como aquellas personas “que se han visto forzadas a dejar su hábitat tradicional, de forma temporal o permanente, debido a un marcado trastorno ambiental, ya sea a causa de peligros naturales y/o provocado por la actividad humana, como accidentes industriales o que han provocado su desplazamiento permanente por grandes proyectos económicos de desarrollo, o que se han visto obligados a emigrar por el mal procesamiento y depósito de residuos tóxicos, poniendo en peligro su existencia y/o afectando seriamente su calidad de vida” (El Hinnawi, 1985: 4).

El término y la definición de El Hinnawi ha sido blanco de fuertes polémicas. Autores como Kibreab (1997) consideran que es un concepto confuso y ambiguo, en tanto que no hace referencia a las diferentes causas que pueden originar el desplazamiento. Así para este autor, el debate en torno al desplazamiento medioambiental empezó a girar alrededor de las causas que originaban este fenómeno: las producidas por una acción del hombre (mal manejo de los suelos, contaminación, calentamiento global, megaproyectos, entre otras.) y las que involucraban solamente ciclos naturales (terremotos, avalanchas, erupción de volcanes, entre otros).

Ahora bien, para Arenas (2002) no se puede admitir una diferenciación basada en causas naturales y en causas humanas, puesto que ambas parecen interconectadas. Por esta razón, a la hora de hablar de desplazamiento medioambiental la autora toma como eje fundamental el hecho que las poblaciones se hayan visto forzadas a abandonar su hábitat natural debido a una grave amenaza de supervivencia. La definición que la autora tiene al respecto: “Los desplazados medioambientales son aquellas personas que se han visto forzadas a abandonar su hábitat natural debido a una grave degradación ambiental que amenaza su supervivencia”. Así, tanto la degradación del suelo por prácticas agrícolas incorrectas o la erupción de un volcán pertenecen a este tipo de desplazamiento.

Otro de los debates gira en torno a los conceptos de emigrante medioambiental vs refugiado medioambiental. Borrás (2006) propone una definición de *refugiados* medioambientales, a saber:

“los refugiados ambientales se definen como aquellos individuos que se han visto forzados a dejar su hábitat tradicional, de forma temporal o

permanente, debido a un marcado trastorno ambiental, ya sea a causa de peligros naturales y/o provocados por la actividad humana, como accidentes industriales o que han provocado su desplazamiento permanente por grandes proyectos económicos de desarrollo, o que se han visto obligados a emigrar por el mal procesamiento y depósito de residuos tóxicos, poniendo en peligro su existencia y/o afectando seriamente su calidad de vida” (p.89)

Autores como Stavropoulou (2008), por su parte, afirman que “incluso aunque la expresión ‘refugiado medioambiental’ no sea exacta desde el punto de vista jurídico, es más convincente que la de ‘migrante medioambiental’ porque evoca una sensación de responsabilidad global, además de un sentimiento de urgencia ante desastres inminentes” (Stavropoulou, 2008:12).

Para autores como Castillo (2011), sin embargo, el uso del término *refugiado* puede conducir a equívocos, en cuanto sugiere que la persona está siendo socorrida con algún tipo de refugio, ya sea temporal o permanente, y en la mayoría de los casos no es así. En palabras de este autor, “hablar de «refugiados ambientales» puede llevar a equívocos, al hacer pensar que a estos migrantes se les trata ya como a los refugiados legalmente establecidos cuando, al contrario, son más ignorados que tenidos en cuenta” (p. 16). Otra de las dificultades radica en que el término *refugiado* estipula la salida de las personas de las fronteras nacionales y, muchas de las personas que se ven obligadas a desplazarse por motivos medioambientales permanecen al interior de sus naciones (García, 2014).

La ambigüedad terminológica no termina aquí. Actualmente, la Organización Internacional para las Migraciones (OIM), define a los *migrantes* por causas ambientales como “las personas o grupos de personas que, por motivo de cambios repentinos o progresivos en el medio ambiente, que afectan adversamente su vida o sus condiciones de vida, se ven obligados a abandonar sus lugares de residencia habituales, o deciden hacerlo, bien sea con carácter temporal o permanente, y que se desplazan dentro de sus propios países o al extranjero” (OIM, 2007, p. 3). Sin embargo, esta definición ha sido tan poco operativa y tan neutra que no ha tenido mayores impactos en el establecimiento de políticas públicas encaminadas a brindar apoyo a este tipo de personas (García, 2014).

En palabras de Solà “una de las mayores dificultades relacionadas con el problema de los refugiados medioambientales, es la existencia de tantas definiciones y tipologías como artículos escritos” (Solà, 2012: 50). La ambigüedad en la terminología¹⁴, así como la falta de legislación tanto internacional como a nivel nacional sobre el manejo del desplazamiento medioambiental hace, según algunos expertos, que estas personas tengan una mínima garantía de sus derechos humanos una vez desplazados de sus territorios. Autores como Zetter y Morrissey (2014), Solà (2012) y Acevedo (2011) aseguran que es urgente el reconocimiento de los desplazados medioambientales como un tipo especial de migrantes forzados ya que estas personas se enfrentan ante una situación que pone en riesgo sus derechos a la vida, a la integridad física y psíquica, a la alimentación, a la salud, la vivienda, la educación y la cultura.

Hay al menos tres razones por las que en el presente trabajo, aplicado al caso de los armeritas, optamos trabajar bajo la denominación de *desplazamiento* medioambiental. En primer lugar, y tal como lo afirma Castillo (2011), este término hace referencia a grupos de personas invisibilizados, poco tenidos en cuenta por las políticas estatales y sometidos a grandes vulneraciones de sus derechos humanos. En segundo lugar, el término desplazados nos permite dar cuenta de personas que se han desplazado en los límites de su propio país. Y en tercer lugar, y muy especialmente por el contexto colombiano, el término desplazado tiene un transfondo que nos permite realizar ciertas comparaciones con otro tipo de desplazamientos (el forzado por la violencia, específicamente)

Por otro lado, es importante mencionar como, autores como Solà (2012) afirman que la complejidad del desplazamiento ambiental radica en las diferentes razones que lo pueden provocar. Y es que, no sólo las grandes tragedias naturales -tales como avalanchas, terremotos, tsunamis, ocasionan este fenómeno, sino que otros aspectos relacionados con la degradación paulatina del medio ambiente a raíz de los modelos económicos

¹⁴ La discusión sobre cómo definir a una persona desplazada por un fenómeno medioambiental no es de poca monta. Autores como Egea y Soledad (2011) afirman que “la polémica acerca de cómo definir y con qué término identificar a las personas que se desplazan por motivos medioambientales no está exenta de trascendencia, ya que de una buena parte de esta polémica y de lo que finalmente se consensue por la comunidad internacional dependerá quién se responsabiliza de las personas desplazadas y quién debe proporcionarles ayuda y protección” (p.49)

implementados por el hombre también provocan este tipo de desplazamiento. Este autor identifica tres formas de desplazamiento medioambiental,

“A) Las personas se desplazarán a causa del deterioro del medio ambiente, creando nuevas olas migratorias, con probabilidades de repetirse sucesivamente, en particular en los países en vías de desarrollo. B) Los desplazamientos de población se incrementarán a causa del impacto de ciertos acontecimientos climáticos, como ciclones o inundaciones. C) Se conformarán lentamente movimientos de población a gran escala que se desencadenarán cuando los cambios adversos en el clima interactúen con otros factores como conflictos políticos, militares, estrés ecológico y graves cambios socio-económicos” (Solà, 2012: 36)

Por su parte, Janos Bogardi (2007), miembro del Global Water System Project, sugiere que los desplazados medioambientales que han sido víctimas de una tragedia ambiental (forma B) la mayoría de los casos deben huir de sus hogares, temporal o permanentemente, sin haber tenido la opción de planear dicha huida y sin tener ninguna otra posibilidad. De esta forma se convierten, para este autor, en el marco de los diferentes tipos de desplazados medioambientales en los más necesitados de ayuda (Solà, 2012)

Ya sea usando la categoría de “desplazado medioambiental”, “refugiado medioambiental”, “migrante medioambiental” o “migrante debido al cambio climático”, alrededor del mundo crecen las investigaciones que dan cuenta de la relación entre las migraciones y los fenómenos ambientales. Adicional a esto, se han creado instituciones y se han organizado encuentros en dónde se han tratado preguntas como: ¿A cuántas personas asciende el número de desplazados ambientales?, ¿Cuáles son las zonas más afectadas? ¿cuál es la situación de estas personas? En este sentido, autores como Myers (2005), Adeel (2007) y Brown (2008) han adelantado estudios que alertan sobre las decenas de millones de personas que pueden ser desplazadas en el futuro debido a la alteración de los sistemas monzónicos y la desertificación (Egea & Soledad, 2011:209). Estudios como los realizados por Baker, Ehrhart y Ston (2008), por su parte, han revelado que las regiones con más probabilidades de enfrentarse a catástrofes naturales son África y Asia.

Otro tipo de trabajos académicos, focalizados en los impactos (entre ellos el desplazamiento) que ciertos fenómenos naturales han tenido en diversos lugares del mundo

han contribuido a visibilizar el tema. Gemenne y Reuchlin (2008) enuncian la “interrelación entre la degradación medioambiental, el cambio climático y la migración” en países del Asia central. Mientras tanto, Van der Geest y de Jeu (2008) centran su atención en Ghana. Otros ejemplos de este tipo de investigaciones son las que realizan Morrissey (2008) en Etiopía, Bronen (2008) en Alaska, Adow (2008) en Kenia, Chinedu (2008) en Nigeria y Pender (2008) en Bangladesh.

Otro de los temas que han concentrado la atención de algunos académicos son los mecanismos de protección que la legislación internacional tiene para atender el desplazamiento medioambiental. En este sentido tenemos los trabajos de Arenas (2002), Zetter (2014), Koser (2008), Leckie (2008), y Solà (2012). La Organización Internacional para las Migraciones (OIM) también ha contribuido con diferentes trabajos a establecer, no sólo las dimensiones del desplazamiento mediambiental, sino la responsabilidad de la comunidad internacional frente a esta problemática, en publicaciones como *Climate Change and Migration: Improving Methodologies to Estimate Flows (2008)*, *Migration, Environment and Climate Change: Assessing the Evidence (2009)* y *Disaster Risk Reduction, Climate Change Adaptation and Environmental Migration. A Policy Perspective (2010)*.

Los esfuerzos de la comunidad académica por visibilizar este problema han estado atados, en la mayoría de los casos, a instituciones de diversos órdenes que se han creado para explorar esta problemática mundial. Entre las más destacadas se encuentran el Instituto de Medio Ambiente y Seguridad Humana de la Universidad de las Naciones Unidas, el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático y El Proyecto de la Unión Europea sobre Cambio Medioambiental y Migración Forzada. Estas instituciones lideran y patrocinan muchos de los estudios que sobre este tema se realizan en el mundo.

En Colombia el tema del desplazamiento medioambiental no ha tenido mucha resonancia. Trabajos como el de la geógrafa Natalia Castañeda, “Desplazamiento ambiental e identidad territorial: caso de población reubicada por causas medioambientales en Colombia” y el de Javier Valencia, “Desplazamiento ambiental por factores asociados al cambio climático: una experiencia de investigación sociojurídica en Colombia”, resultan

insuficientes pues, como ya se ha mencionado, la atención se ha centrado en el desplazamiento forzado originado por el conflicto armado.

¿Migrantes, desplazados, refugiados?, ¿Cuántos son? ¿Quién los protege?... Las discusiones y debates son múltiples y aún no terminan. Sin embargo, en algo coinciden los expertos: son personas que necesitan protección especial en cuanto se encuentran ante una vulneración de sus derechos humanos. La literatura sobre desplazamiento ambiental ha sido prolífera en los últimos años. Sin embargo, como lo afirman autores como Solà (2012) y pudo ser corroborado en esta investigación, la mayoría se han centrado en las discusiones ya mencionadas, sin que se tengan mayores avances al respecto pues la ambigüedad terminológica aún no se ha resuelto.

Ante el eminente riesgo ambiental al que nos enfrentamos actualmente, seguramente el tema del desplazamiento medioambiental seguirá fortaleciéndose en los próximos años alrededor de discusiones e investigaciones cada vez más complejas. Al respecto, autores como Martin (2015) y Cometti (2015) han enunciado que se debe avanzar en la realización de investigaciones que den cuenta de los impactos económicos, sociales y culturales que se presentan en los procesos de adaptación de estas personas en los lugares donde se produce su reasentamiento. Para Cometti, “la mayoría de los estudios acerca de la relación entre el cambio climático y la migración no valoran lo suficiente el punto de vista de las sociedades afectadas”... ni da cuenta de los efectos a largo plazo que este tipo de acontecimientos tiene en la vida personal y social de los afectados.

Y es que, como puede observarse en el caso de los armeritas, aunque el desplazamiento medioambiental no es un fenómeno nuevo, ha adquirido una mayor importancia en las últimas décadas, tras la incrementación de la deforestación, la desertización, el calentamiento del planeta, la contaminación y los modelos de producción y consumo insostenibles (Arenas, 2002).

La intensificación de estos fenómenos naturales en los próximos años tendrá como una de sus mayores consecuencias el desplazamiento masivo de población. Se estima que para el año 2050 entre 150 y 250 millones de personas se verán forzadas a desplazarse de sus lugares de residencia por factores ambientales (Acevedo, 2011). Estas cifras ponen de manifiesto la necesidad de continuar con los estudios y el diseño de políticas nacionales e

internacionales que permitan comprender y dar solución a este fenómeno, pues “lamentablemente, en la actualidad, no existen normas internacionales que tengan como objeto específico los migrantes internos o internacionales por causas medioambientales” (Solà, 2012: 61)

2.2. Los armeritas y el desastre “natural”

La avalancha ocurrida en Armero en 1985 es considerada como un desastre natural que, a su vez, puede ser definido como la correlación entre dos variables: “fenómenos naturales peligrosos (como un terremoto, un huracán, un maremoto, etc.) y determinadas condiciones socioeconómicas y físicas vulnerables (como situación económica precaria, viviendas mal construidas, tipo de suelo inestable, mala ubicación de la vivienda, etc.) En otras palabras, se puede decir que hay un alto riesgo de desastre si uno o más fenómenos naturales peligrosos ocurrieran en situaciones vulnerables” (Maskrey, 1993:7)

Es importante tener en cuenta que aunque es frecuente que las sociedades humanas se enfrenten a fenómenos naturales peligrosos, no todos terminan en tragedias, pues en este punto interviene el nivel de vulnerabilidad de cada sociedad. Hay varias causas que pueden aumentar la vulnerabilidad,

“1) Cuando la gente ha ido poblando terrenos que no son buenos para vivienda, por el tipo de suelo, por su ubicación inconveniente con respecto a huaycos, avalanchas, deslizamientos, inundaciones, etc. 2) Cuando ha construido casas muy precarias, sin buenas bases o cimientos, de material inapropiado para la zona, que no tienen la resistencia adecuada, etc. 3) Cuando no existen condiciones económicas que permitan satisfacer las necesidades humanas (dentro de las cuales debe contemplarse la creación de un hábitat adecuado)” (Maskrey, 1993:7)

Las anteriores consideraciones nos permiten concluir acerca de la responsabilidad humana que subyace tras la ocurrencia de un fenómeno natural que, tradicionalmente, se ha entendido como ajeno a la voluntad humana. En otras palabras, “sabiendo que los

fenómenos naturales ningún daño causarían si hubiéramos sido capaces de entender cómo funciona la naturaleza y de crear nuestro hábitat acorde con este conocimiento” (Maskrey, 1993:9), se puede establecer la responsabilidad humana que hay detrás de la existencia de todo desastre natural.

Lo anterior nos permite complejizar nuestra discusión sobre el tema de las causas del desplazamiento medioambiental, dentro de las cuales se encuentran los desastres naturales como una causa ajena a la voluntad e intervención de los seres humanos. Recordemos, por ejemplo, los planteamientos de autores como Kibreab (1997), quien plantea una distinción entre el desplazamiento medioambiental ocasionado por la acción humana (deforestación, mala utilización de suelos...) y las que involucran sólo fenómenos naturales (avalanchas, terremotos). Se deduce de este tipo de planteamientos que ante sucesos como una avalancha el ser humano no tiene capacidad de intervención.

Este tipo de consideraciones, muy generalizadas, intentará rebatirse en esta investigación tomando como referencia lo sucedido en Armero: el peor desastre natural registrado en la historia de Colombia. Y es que, como lo recuerdan muchos armeritas sobrevivientes, el desastre natural (no el fenómeno natural desencadenante) pudo ser evitado si las autoridades nacionales y locales hubieran atendido las sugerencias dadas por Ingeominas y otros centros de monitoreo que venían haciendo presencia en la zona del volcán desde los días anteriores a la avalancha.

Y es que, expertos de Ingeominas y de una misión vulcanológica italiana notaron que la actividad sísmica había empezado a aumentar en el Volcán Nevado del Ruiz desde finales de 1984. Para octubre de 1985 ya estos geólogos habían emitido un reporte de riesgo, así como un conjunto de sugerencias que alertaban a las autoridades sobre un peligro inminente de deslizamientos. Producto de esto las autoridades locales empezaron a planear una evacuación y un mapa de riesgo fue distribuido en la zona. Sin embargo, estas actividades de prevención no tuvieron las dimensiones y el impacto que una situación como esta ameritaba. Hoy por hoy, muchos armeritas dicen jamás haber tenido acceso a dicho mapa.

El día de la erupción hubo una lluvia de ceniza sobre Armero, sin embargo, las autoridades insistieron en que la gente debía conservar la calma y mantenerse en sus casas

hasta nuevo aviso. Sin embargo, ya Ingeominas, a través de la dirección de la Defensa Civil local había ordenado la evacuación del municipio que, finalmente, y debido a problemas de planeación y organización no se llevó a cabo a tiempo¹⁵.

Y es que no sólo la tragedia de Armero ha quedado en la historia como la más grande del país, la actuación, por acción u omisión, de las autoridades tanto nacionales como locales también ha sido fuertemente cuestionada. Varios de los principales diarios del país, en los que cada 13 de noviembre se reportan noticias relacionadas con Armero, han recogido los testimonios de diversos personajes que, aseguran, la tragedia pudo ser prevenida por las diferentes autoridades,

“El sacerdote y el alcalde del pueblo conocían de la actividad volcánica. Sin embargo, se encargaron de dar un parte de tranquilidad a la comunidad, lo que hizo que cientos de personas desistieran de la idea de abandonar el pueblo ante los rumores de una posible avalancha, dice Juan Pablo Jaramillo, investigador de historia regional”¹⁶

El diario El País, por su parte, en una nota realizada en noviembre del 2010¹⁷, narra la historia del profesor Fernando Gallego, quien en diversas conferencias que dictaba sobre el Nevado del Ruiz había alertado sobre la inevitabilidad de su erupción y la necesidad de tomar medidas que evitaran la catástrofe. Sin embargo, esta fue la respuesta de las autoridades,

“Cortolima, la entidad ambiental del departamento, desvirtuó los estudios del docente aduciendo que no era vulcanólogo (era filósofo) y que los sedimentos encontrados no eran peligrosos. Ingeominas, por su parte, visitó la casa del profesor y lo mató académicamente y le manifestó que la entidad podría avisar de la explosión del volcán casi 28 días antes. Alberto Toro Nieto, el alcalde del Líbano por ese entonces, le envió una misiva de alerta el 12 de septiembre de 1985, un mes antes de la tragedia: “Ante el pánico, estrés e incertidumbre generados por las conferencias que usted ha venido presentando, me permito exigirle, según

¹⁵ Proyecto de ley 193 del 2010. Disponible en http://armeroguayabal-tolima.gov.co/apc-aa-files/62366463306430393264376461323734/PROYECTO_DE_LEY_193_DE_2010_SENADO.pdf

¹⁶ Nota de Estefanía Avella y Catalina González para El Espectador. Noviembre 13 del 2014. Disponible en <http://www.elespectador.com/noticias/actualidad/tragedia-de-armero-se-podria-repetir-articulo-527349>

¹⁷ Disponible en <http://www.elpais.com.co/elpais/colombia/noticias/profeta-previo-tragedia-armero>

disposición del Código de Policía, abstenerse de continuar con ellas (sic)". La carta era con copia a los organismos de control, es decir, el ostracismo total"¹⁸

Las alertas habían sido enviadas por diferentes entidades y expertos a las autoridades competentes. Para nadie, ni siquiera para los armeritas, era un secreto que estaban expuestos ante un riesgo inminente. Por esto, los armeritas sobrevivientes aún recuerdan con rabia la negligencia de las autoridades en el caso de la avalancha,

“...eso del volcán se sabía... ya había venido gente de Holanda ... o de no sé de dónde, gente del extranjero y acá el señor presidente de la época el tan doctorísimo Betancourt no quiso prestarle la atención, nadie hizo nada y ahí está la prueba, a mí no me da miedo pero ese señor es el demonio, es un asesino, mató un pueblo entero, nadie ni el señor ministro de minas puso atención, el señor gobernador... le puedo certificar en la cara y hasta soy capaz de escupírsela porque así es la verdad, me siento ardido, al presidente le pegaron hasta una cachetada le pegaron allá en Armero, pero no digan que no, un tractorista le pego una cachetada delante de todo el mundo, que hay que no sé qué (silencio)... ojala lo castiguen ahora por la vaina del Palacio de Justicia que ha visto también la maldad, que lloraban esos señores del Palacio de Justicia le decían por favor señor presidente no los deje entrar, que hizo ¡ah!, nada dar más órdenes para que entraran...”

Otros testimonios, sin embargo, destacan la labor realizada por el entonces alcalde de Armero, Ramón Rodríguez, quien murió en la avalancha luchando hasta el último instante para que las diferentes autoridades le ayudaran a coordinar el proceso de evacuación del municipio. Mientras tanto en Bogotá, el representante a la Cámara Humberto Arango, en reunión con cuatro ministros del gobierno de Betancur advirtió: "No quiero ser profeta de desgracias, pero los fenómenos que vienen sucediendo nos conducirán ya no a presagios sino a la catástrofe misma. Hay amenazados 16 departamentos y tres millones de personas. Que no se diga que no se advirtió al Estado de cumplir con sus funciones a tiempo"¹⁹.

Pese a que, como se mencionó anteriormente, la negligencia de las autoridades nacionales y locales ante la avalancha de Armero ha sido ampliamente documentada, el

¹⁸ Ibid.

¹⁹ Revista Semana. La profecía de Armero. Disponible en <http://www.semana.com/nacion/articulo/la-profecia-armero/124181-3>

Estado colombiano ha sido absuelto en tres instancias de las miles de demandas que se alzaron en su contra por este hecho: “En 1991, lo absolvió el Tribunal Superior del Tolima; en 1994, el Consejo de Estado, y más recientemente, la Corte Suprema de Justicia. La sentencia de las tres instancias rezaba lo mismo: que los eventos de la naturaleza son imposibles de prevenir y de controlar y que no les cabe fallo en la responsabilidad a los funcionarios por estos hechos”²⁰.

Hechos como el ocurrido en Armero, generalmente atribuidos a fenómenos de la naturaleza que escapan al control humano, involucran dimensiones socio-históricas que deben ser analizadas. Y es que, siguiendo a Maskrey (1993), “un terremoto o un huracán, por ejemplo, obviamente son condiciones necesarias para que exista, pero no son en sí un desastre. Necesariamente, deben tener un impacto en un territorio caracterizado por una estructura social vulnerable a sus impactos y donde la diferenciación interna de la sociedad influye en forma importante en los daños sufridos y en los grupos sociales que sean afectados en mayor o menor grado” (119).

Estas ideas nos permiten afirmar que a la hora de hablar de las causas del desplazamiento medioambiental no es tarea fácil hacer una distinción entre lo causado por la acción humana y lo “propio de la naturaleza” pues, como afirma Maskrey, incluso eventos como los “desastres” son eminentemente sociales. En este sentido, coincidimos con Arenas (2002) en que este parámetro (nivel de intervención humana) no es adecuado a la hora de abordar el tema del desplazamiento medioambiental, pues causas naturales y humanas se encuentran generalmente entrelazadas.

²⁰ Revista Semana. La profecía de Armero. Disponible en <http://www.semana.com/nacion/articulo/la-profecia-armero/124181-3>



Imagen 7. En este mapa se puede observar la vulnerabilidad que, por su ubicación geográfica, presentaba Armero frente a la erupción del volcán. Imagen tomada de <http://www.bdigital.unal.edu.co/2281/1/gonzaloduqueescobar.201021.pdf>

En el caso particular de Armero, la tragedia fue posible debido a la conjugación de diferentes variables: ocurrencia de un fenómeno natural peligroso (erupción de un volcán y avalancha), población vulnerable (según el Manual de Manejo de Emergencias Volcánicas de la Oficina de Asistencia en Desastres de la ONU, no deben edificarse poblaciones sobre el paso de lahares²¹ –caso de Armero) e ineficacia de las autoridades a lo hora de coordinar labores de prevención.

Teniendo en cuenta que, actualmente, una de las mayores causas del desplazamiento medioambiental lo constituyen la ocurrencia de desastres “naturales” (tsunamis, huracanes, terremotos), es preciso indicar que a la literatura sobre desplazamiento ambiental le falta introducir la dimensión social del “desastre”, expuesta anteriormente, pues sólo así se podrán desarrollar políticas públicas que garanticen el respeto por los derechos de las personas afectadas. Y es que, mientras los gobiernos se puedan seguir amparando en la “imprevisibilidad” de la naturaleza es muy probable que no se interesen por controlar los factores de vulnerabilidad que hacen a sus comunidades susceptibles de estos desastres.

²¹ Ibid.

En este punto, el caso de Armero vuelve a ser revelador. Tras la avalancha ocurrida la población fue reubicada en diferentes zonas del país, en el presente trabajo tomamos como lo fue el caso de la población de Soacha. Sin embargo, un gran número de sobrevivientes fueron reubicados a pocos kilómetros del antiguo Armero en lo que hoy se conoce Armero- Guayabal. Lo cierto es que esta población también quedó ubicada a pocos kilómetros del volcán del Ruiz, en el que desde el 2012 se ha reportado la existencia de una “moderada” actividad sísmica. Actualmente la actividad del volcán es seguida en detalle por un grupo de geólogos, químicos e ingenieros, sin embargo, ante una nueva erupción los 12.000 pobladores de Armero-Guayabal se convertirían, una vez más, en la población más vulnerable²².

Mientras este trabajo, por un lado, pone en cuestionamiento los planteamientos realizados por aquellos autores que, dentro de las causas de los desplazamientos medioambientales, colocan los desastres naturales como aquellos fenómenos que escapan al control y a la voluntad humana; por otro lado, reivindica que la población armerita cumple con las condiciones establecidas para ser incluidos en la categoría de desplazados ambientales, pues son un grupo de personas que ante la ocurrencia de un fenómeno natural se vieron en la obligación de abandonar permanentemente su lugar de origen. En las próximas páginas examinaremos como si bien legalmente el reconocerse como desplazados medioambientales no les genera ningún beneficio a los armeritas (pues la institucionalidad colombiana no contempla esta modalidad de desplazamiento), socialmente para ellos es un marcador que les permite definirse a sí mismos con relación a lo que los diferencia de otros grupos de desplazados (especialmente forzados por la violencia) con los que se han visto obligados a relacionarse tras su llegada a Soacha.

2.3. “ A nosotros no se nos dañó el corazón”: los armeritas y su diferenciación de los desplazados por la violencia.

La población armerita residente en Soacha se reconoce a sí misma como desplazados por un fenómeno natural. Entorno a esta categoría buscan crear una identidad

²² Disponible en <http://www.elespectador.com/noticias/actualidad/tragedia-de-armero-se-podria-repetir-articulo-527349>

que les permita mantener una unidad como grupo y, al mismo tiempo, diferenciarse de otro grupo social con el que les ha tocado compartir su nuevo territorio en los últimos años: los desplazados por la violencia. Y es que, en este punto vale la pena recordar que según la información proporcionada por el Sistema de Información sobre Desplazamiento Forzado y Derechos Humanos (2008) Soacha es, después de Bogotá, uno de los principales receptores de población desplazada por motivo de la violencia en el país.

Según datos del PIU del municipio, el 82,1% de los habitantes de Soacha provienen de otras partes del país. Entre ellos, un alto porcentaje ha llegado a la zona producto del desplazamiento al que se han visto forzados por la violencia armada que se desarrolla en diferentes partes del país, principalmente las rurales. Esta afirmación es corroborada por cifras del CODHES, las cuales indican que, tan solo entre 1999 y 2011, 37.189 personas en condición de desplazamiento llegaron al municipio de Soacha a establecerse en las zonas marginales del casco urbano. Hay que anotar que el drama humanitario al que se ve enfrentada una persona desplazada desde el momento en que es obligada a salir forzosamente de su territorio no termina con su asentamiento en un nuevo lugar, pues allí, “se enfrenta a condiciones socioeconómicas precarias, a la estigmatización y la discriminación, a la persecución por parte de los grupos armados y, finalmente, al panorama trágico de no encontrar un ambiente adecuado de seguridad” (CODHES, 2013:92).

La estigmatización es uno de los principales problemas a los que se enfrenta la población desplazada una vez intenta reestructurar su vida social en el lugar de llegada,

“Otra representación muy común en relación con el desplazado se manifiesta mediante el estigma que dicen sentir los marca cuando los denominan como tales. En varias ocasiones mencionaron los términos guerrillero, bandolero, cuatrero u oportunistas, entre otros, como rótulos que les ponen los habitantes de la ciudad. Explicaron que delante de sus vecinos o frente a sus posibles patrones prefieren no identificarse como desplazados, por las asociaciones que establecen entre el desplazado y la violencia, la criminalidad, la mendicidad, los bandos del conflicto armado, etcétera” (Aparicio, 2005).

Los portadores de un estigma, en este caso los desplazados, al no encajar dentro de los atributos que se perciben como corrientes y naturales dentro de una sociedad, se

convierten en personas menos apetecibles y menospreciadas por los demás miembros de la sociedad (Goffman, 1963). Aquí se presenta una contradicción entre el sentir de la persona y la forma como es percibida por la sociedad -el sentirse personas normales pero no ser tratadas en igualdad de condiciones²³,

“La sensación de ser una <persona normal>, un ser humano como cualquier otro, un individuo que, por consiguiente, merece una oportunidad justa para iniciarse en alguna actividad, puede ser uno de sus más profundos sentimientos acerca de su identidad. Con todo, es posible que perciba, por lo general con bastante corrección, que cualesquiera que sean las declaraciones de los otros, estos no lo <aceptan> realmente ni están dispuestos a establecer un contacto con él en <igualdad de condiciones>” (Goffman, 1963: 17)

La estigmatización no sólo tiene unos efectos en la subjetividad del individuo sino unas consecuencias que se evidencian en el mundo objetivo: condiciones de vida más precarias, dificultades para acceder a trabajos dignos... En este sentido, las personas estigmatizadas crean estrategias que les permiten relacionarse socialmente, una de ellas “consiste en presentar los signos de su defecto estigmatizante como signos de otro atributo cuyo significado como estigma sea menor” (Goffman, 1963: 114).

Para entender esta estrategia es preciso remitirnos al caso de los armeritas residentes en Soacha. Los armeritas llegaron a Soacha hace más de 30 años como una minoría étnica –una forma de organización social que comparte una cultura común y presenta unos rasgos que la diferencian de los demás (Barth, 1976), con todas las desventajas que ello representa y que han sido tratadas en el capítulo anterior²⁴. En ese momento, y tal como fue ratificado en las entrevistas, llegaron a un sector de Soacha totalmente deshabitado: a un pantano, un potrero que ni rutas de transporte tenía, como lo definen con sus propias palabras. Sin embargo, con el correr de los años y las diferentes

²³ Así, no es gratuito que un alto porcentaje de población desplazada este expuesta a una mayor vulneración de los derechos humanos, así como a unas precarias condiciones socioeconómicas y a una marginalización espacial en los lugares receptores (Osorio, 2004; Ruano, 2012)

²⁴ Diversos autores han trabajado las circunstancias adversas que deben enfrentar las minorías étnicas al relacionarse con la sociedad mayoritaria. Barth (1976) afirma que “la identidad como miembro de una minoría no ofrece bases para la acción [dentro de la sociedad mayoritaria] y puede representar, en diversos grados, una desventaja para asumir los status operantes”. Gincel (2010) por su parte, enuncia “la violencia simbólica ejercida por el grupo mayoritario autóctono sobre el grupo minoritario, una violencia que conlleva a la inferiorización del inmigrante”.

olas de violencia que se han generado en el país Soacha se ha convertido en el principal receptor de población desplazada y, por tanto, ha acogido el estigma con el que cargan dichas personas.

Hoy en día, Soacha carga con una serie de adjetivos que vinculan este municipio con pobreza, delincuencia, drogadicción, bandas criminales... Los armeritas no han sido ajenos a este fenómeno y hoy en día la zona de Soacha en la que habitan está afectada por esta problemática social,

“...Soacha tiene mala fama lamentablemente, Soacha es un municipio grande, bonito, está poblado y, últimamente, Soacha no hay en dónde vivir, mire esas urbanizaciones que hicieron allá en ciudad verde, eso es una belleza y tiene casas muy lindas, en Soacha hay gente de bien, gente de plata, gente muy buena, pero con esos desplazados y marihuaneros nosotros tenemos muy mala fama, las cosas se han complicado mucho, llega gente de todas partes y generalizan mucho”

Al no ser soachunos, sino un grupo migrante, sobre los armeritas recae el estigma del desplazado. Ahora bien, y tal como lo afirma Goffman existen estrategias que les permiten a los grupos sociales hacerle frente al estigma. Así, y como se enunció en páginas anteriores, los armeritas han optado por atribuirle ciertos atributos al estigma de desplazado para reducir el impacto negativo que este tiene; de esta forma, surge la oposición entre el desplazamiento por razones medioambientales y el desplazamiento a causa de la violencia.

“El individuo estigmatizado presenta una tendencia a estratificar a sus <pares> según el grado en que sus estigmas se manifiestan y se imponen. Puede entonces adoptar con aquellos cuyo estigma es más visible que el suyo las mismas actitudes que los normales asumen con él” (Goffman, 1963: 127). Es decir, el mismo estigma que muchos pobladores de Soacha, entre ellos las instituciones policiales, aún le aplican a los armeritas, “para quienes todo lo malo que pasa en Soacha es culpa de los armeritas”²⁵, estos últimos

²⁵ Así nos lo narra una de las entrevistadas, quien posteriormente aclara que el barrio en el que está asentado la población armerita en Soacha es peligroso pero por la gran cantidad de desplazados por la violencia que han llegado en los últimos años.

se lo adjudican a la población desplazada por la violencia, a quienes los armeritas culpan de ser los “verdaderamente peligrosos”. Así se deja ver en el siguiente testimonio:

“...y usted viera, la fama que tenemos los de Armero...sí tenemos fama de malos...yo un día le dije al comandante que estaba que decía que todo lo malo eran los de Armero, y yo sí le dije que los de Armero, Armero, éramos gente de la tercera edad que los dañados eran muchachos que habían nacido aquí que los armeritas somos gente de bien... ay! Señorita es que esto antes no era tan dañado, pero viene gente de lejos, viene con mucha maña y se nos mete y los muchachos de acá les acolitan todo y después dicen que somos los de Armero lo que estamos haciendo las cosas malas”

La diferenciación entre el desplazamiento por razones medioambientales y el desplazamiento por la violencia crea una clara oposición entre un “nosotros” y los “otros”, entre unas características básicas que permiten a las personas pertenecer a un grupo social y unas diferencias que le permiten a dicho grupo diferenciarse de otros grupos sociales (Barth, 1976). De esta afirmación surgen dos ejes analíticos importantes: en primer lugar, el reconocimiento de los armeritas como un “nosotros”, un grupo social con unas particularidades culturales compartidas y, en segundo lugar, los límites o, en palabras de Barth, las fronteras étnicas que les permiten establecer distanciamientos y diferenciaciones con respecto a otro grupo social.

La identificación de “aquellos rasgos, propiedades, estigmas que una vez conocidos y reconocidos, tanto por los miembros del grupo como por los miembros de otros grupos, componen la identidad social” (Bourdieu, 1978) nos permiten analizar aquello que “une” a los armeritas como grupo social. A esto es lo que Dubet (2010) llama la identidad integradora, y son aquellas acciones mediante las cuales el individuo interioriza los códigos sociales elementales para vivir en sociedad. Es importante mencionar que esta identidad es adquirida por el individuo desde los primeros años de su vida a través de instituciones como la familia y la escuela que le transmiten una serie de valores y costumbres que le permitirán sentirse parte de la unidad social. Así pues, en Armero, los armeritas habían construido su identidad grupal sobre una serie de características colectivas que les permitían identificarse como tal.

Ahora bien, y como se ha mencionado, la avalancha fracturó una serie de vínculos sociales y familiares; así como, quebrantó el vínculo entre los armeritas y el territorio (pilar fundamental de la construcción de la identidad). Por otra parte, el reasentamiento en Soacha bajo otras condiciones de socialización y después de haber pasado por situaciones de vulnerabilidad tan difíciles provocaron en los armeritas la reestructuración, reelaboración y reconstrucción de sus sistemas de clasificación y de autoadscripción a su grupo social. Dicho de otro modo, su identidad pasó a fundamentarse sobre otros valores.

Y es que es importante tener en cuenta que aunque, por lo general, los grupos se conformen en torno a señales y emblemas significativos que se naturalizan y se presentan como la “esencia” del grupo, los mismos son constructos sociales que varían histórica y contextualmente,

“Cuando se les define como grupos adscriptivos y exclusivos, la naturaleza de la continuidad de las unidades étnicas es evidente: depende de la conservación de un límite. Los aspectos culturales que señalan ese límite pueden cambiar, del mismo modo que se pueden cambiar las características culturales de los miembros; más aún, la misma forma de organización del grupo puede cambiar” (Barth, 1976:7)

Esto lo que implica es que, si bien cuando los armeritas vivían en Armero habían construido su identidad en torno a unos valores y emblemas significativos determinados (lugar de origen en común, lenguaje, historia, costumbres y formas de vida compartida, etc); producto de las transformaciones ocurridas en su historia como pueblo y de las actuales circunstancias en las que viven en Soacha, han construido su identidad en torno a la categoría de sobrevivientes. Para muchos de ellos, aunque Armero, como territorio físico no exista, el hecho de haber sobrevivido a una tragedia de tales dimensiones los hace únicos, los hace armeritas,

“nosotros somos un milagro de Dios porque de esa tragedia no se salvaba nadie, pero sobrevivimos de milagro, claro nosotros somos unos sobrevivientes divinos, nosotros somos damnificados de una tragedia única en nuestro país, si me entiende...esto fue muy berraco, nosotros teníamos que estar vivos para contar lo que vimos...”

Aquí, como en otros testimonios, puede observarse como ese “nosotros” de los armeritas, esa identidad que da sentido a su grupo social que hoy ya no tiene un territorio comunal sino que se dispersó en diferentes zonas del país, lo encuentran ellos en el hecho de ser sobrevivientes de la tragedia. Es tan marcado este hecho que el 13 de noviembre, día en el que año tras año se conmemora el aniversario de la avalancha, es para los armeritas una fecha simbólica mediante la cual reafirman su identidad.

Los armeritas residentes en Soacha se reúnen cada 13 de noviembre en el salón comunal del barrio para realizar misas y diferentes actos conmemorativos y aunque reconocen que las relaciones sociales entre vecinos ya no es la misma debido a que al barrio han llegado en los últimos años personas que no pertenecen a su grupo social, aseguran que los 13 de noviembre, día en el que conmemoran lo sucedido en la avalancha, es un día memorable que une y seguirá uniendo a los armeritas, aunque sea en pensamiento, en cualquier lugar en que se encuentren,

“A nosotros nos tocó salir de nuestra tierra por las inclemencias de un fenómeno de la naturaleza... hay armeritas en Ibagué, Honda, Mariquita, Bogotá y nosotros en Soacha... hay hasta en otras partes del mundo. Los 13 de noviembre son los días de recordar y ahora que se vienen los 30 aniversario me imagino toda la bulla que se hará por todos lados, a nosotros los 13 nos ayuda a recordar que somos armeritas sin Armero... pero no de Soacha, armeritas...”

La apuesta por identificarse como sobrevivientes de un desastre natural busca “apropiarse si no de todos los provechos simbólicos asociados a la posesión de una identidad legítima, es decir susceptible de ser públicamente y oficialmente afirmada y reconocida, al menos los beneficios negativos implicados en el hecho de no estar más expuesto a ser evaluado o a evaluarse en función de los criterios más desfavorables” (Bourdieu, 179). Esto se cumple claramente para el caso de los armeritas, quienes públicamente buscan ser identificados como sobrevivientes de un desastre natural, categoría que evoca la empatía y solidaridad por parte de otros grupos sociales; mientras buscan diferenciarse enfáticamente de los desplazados por la violencia, pues estos tienen una representación social desfavorable. Así se aprecia en los siguientes testimonios,

“En Soacha hay mucho desplazado... yo la verdad no quiero tener a esa gente cerca porque me da miedo por algo los sacaron de sus tierras y me molesta mucho que generalizan”

“Yo no sé, yo creo que los únicos que nos desplazamos porque la tierra se puso brava fuimos nosotros, entonces no se puede comparar, porque nosotros somos un caso especial, nadie nos amenazó, pero la naturaleza quiso que saliéramos obligados y así fue. Pero a los otros, los sacan los malos y, muchas veces, porque son malos también ¿si me entiende? Uno no sabe los motivos por los que ellos son desplazados, a veces porque los guerrilleros quieren el pedazo de lote, pero otras porque se portan mal”

Llegamos en este punto al segundo eje de análisis. Como argumentamos anteriormente, la identificación en torno a un grupo social abarca, además de la constitución de unos valores compartidos, los límites o fronteras étnicas, es decir, la oposición entre el intragrupo (nosotros) y el extragrupo (los otros). “La forma elemental de esta relación opone el intragrupo [in-group] que no existe más que en la afirmación constante de su diferencia y de su distancia, al extragrupo [out-group]. La identidad integradora no se mantiene si no es en esa relación; la necesita al mismo tiempo que esta relación la engendra” (Dubet, 104). Es importante señalar que no es necesario que la relación entre el “nosotros” y los “otros” sea hostil para que se presente dicha oposición; incluso si entre los grupos se presentan relaciones sociales, comerciales, o de otra índole, la oposición entre dos formas de ser y de estar en el mundo es lo que posibilita la unidad de ambos grupos.

El tema de las fronteras étnicas y de las oposiciones entre grupos ha sido ampliamente trabajado en el campo social. Autores como Barth, incluso, ha defendido la tesis según la cual la persistencia del grupo social –su unidad- depende de la diferenciación que dicho grupo hace con respecto a otros grupos sociales. De esta manera, para los armeritas ser un grupo social no sólo basta con tener un fuerte marcador identitario en torno al hecho de ser sobreviviente; su configuración como grupo es posible en la medida que han encontrado ese “otro” que les permite definirse en oposición a lo que no son: desplazados por la violencia.

Así, los armeritas se diferencian claramente de los desplazados de la violencia con el fin de hacerle frente a los estereotipos con los cuales ellos cargan y, de esta forma, reafirmar su identidad con respecto a lo que son y a lo que no son,

“...nosotros no somos desplazados, es que a nosotros nadie nos sacó para adueñarse de las tierras, es que el pueblo ya no existe y los desplazados son los que la guerra sacó de sus tierras, además la gente de Armero se enloqueció, pero a los desplazados de la guerra se le dañó el corazón...no ha visto que esa gente es la que roba ahora, esos tienen dañado el corazón, mire yo tengo a una empleada en el salón que viene de Garagoa, le mataron al hermano y esa china es más desconfiada... le dañaron el corazón, los que sobrevivimos a Armero, somos buenos, tenemos el corazón bueno...algunos se enfermaron de pesar, pero no de odio como los otros...”

Gente buena versus gente peligrosa, gente trabajadora versus personas que se ganan la vida a través de malos hábitos, gente de corazón bueno versus gente que se le dañó el corazón. Y así, en otros tantos relatos persiste la oposición que han creado los armeritas frente a los desplazados por la violencia,

“nosotros lo que somos es damnificados de la tierra, no ve que a nosotros la tierra nos dejó sin pueblo, pero los desplazados son todos esos guerrilleros y paracos que viven allá arriba...no nosotros no somos eso. Señorita esa gente es mala, mire que allá arriba si que matan gente, eso uno escucha todos los días cosas que allá pasaron”

“Mire niña acá en Soacha llega de todo, los que salieron de la cárcel, los ladrones, las putas y los desplazados eso es como una plaga llenaron de aquí pa'riba de esa gente...pero la gentecita de Armero, la gente que nació y se crió allá y los que tienen sangre armerita y tuvieron que salir de allá para entrar a este infierno somos no más que unos sobrevivientes...somos damnificados y seguimos siendo damnificados”

Estos dos últimos testimonios sirven para corroborar las teorías aquí tratadas. En primer lugar, la identificación de los armeritas en torno a unos valores y unos patrones culturales comunes. Así, el hecho de ser sobrevivientes de una tragedia natural de las magnitudes sucedidas en Armero, hace que estas personas se sientan orgullosas de su “esencia” luchadora, trabajadora, perseverante ante las dificultades. Por otro lado, los armeritas también se definen por oposición a lo que no son: no son desplazados por la violencia y, por tanto, no son personas “con el corazón dañado”.

Los armeritas comparten con la población desplazada a causa de la violencia muchas características en común: un mismo espacio en Soacha, el hecho de haber tenido

que desplazarse de su lugar de origen (aunque por diferentes razones), el tener que haber pasado por los diferentes momentos del desplazamiento: destrucción, nomadismo o confinamiento y recomenzar. Tanto unos como otros, además, viven en un barrio marginal en condiciones socioeconómicas muy regulares. Sin embargo, para la población armerita, estas no son emblemas importantes a la hora de definir la identidad que actualmente quieren legitimar²⁶.

Para dar un poco de claridad a este último aspecto podemos retomar los planteamientos de Bourdieu, quien afirma que las luchas por la identidad étnica o regional, “son un caso particular de las luchas de las clasificaciones, luchas por el monopolio del poder de hacer ver y de hacer creer, de hacer conocer y de hacer reconocer, de imponer la definición legítima de las divisiones del mundo social y, por ello, de hacer y deshacer los grupos” (170) Es decir, son los actores quienes deciden, de acuerdo con el contexto en el que se encuentran inmersos y a los fines que persiguen²⁷, como se quieren hacer ver, hacer creer, hacer conocer y hacer reconocer por los demás miembros de la sociedad. Es, de acuerdo con estas prioridades, que eligen las características bajo las cuales se quieren agrupar como unidad social y las oposiciones que marcaran sus fronteras étnicas.

Es importante recordar que la oposición que los armeritas realizan frente a la población desplazada por la violencia tiene como fin alejarse del estigma que recae sobre estos últimos. Y es que es fundamental tener en cuenta que el estigma no solo tiene un impacto sobre las subjetividades de los individuos, sino que tiene un efecto en sus condiciones objetivas de vida: si usted es diferente a “nosotros” –la sociedad mayoritaria, es normal que usted –persona estigmatizada, no tenga las mismas condiciones de alojamiento, las mismas oportunidades laborales y el mismo acceso a salud y educación. Así, lo que buscan los armeritas con esta oposición es desligarse de un estigma que les impida relacionarse en igualdad de condiciones dentro de la estructura social legitimada.

²⁶ A propósito Barth argumenta “Son los actores mismos los que consideran las señales y emblemas significativos, mientras que otros son pasados por alto” (p.6)

²⁷ Dubet desarrolla la idea de la identidad como recurso, como una acción estratégica. Al respecto afirma que “la estrategia implica una racionalidad instrumental, un utilitarismo de la propia acción que pretende consagrar los medios a las finalidades buscadas dentro de las oportunidades abiertas por la situación” (p. 109)

Conclusiones

Iniciamos esta investigación preguntándonos por las transformaciones ocurridas en el entorno individual y social de una porción de la población armerita que, tras la avalancha ocurrida el 13 de noviembre de 1985, desplazó su lugar de residencia al municipio de Soacha. Este viaje, que comienza en Armero en 1985 y termina en Soacha en el 2015, fue realizado con la colaboración de un grupo de armeritas que me permitieron, a través de sus relatos, conocer sus vidas, sus pensamientos, sus fortalezas y debilidades.

De esta manera, y apoyada en los argumentos de Bello (2000) y Osorio (2004), pudimos observar como el fenómeno del desplazamiento, en cada una de sus etapas (destrucción, nomadismo y recomenzar) trae consigo la transformación del entorno familiar y social de quienes lo sufren. Así, en la etapa de la destrucción sobresale la fragmentación del tejido social, esto debido a la pérdida abrupta de familiares, amigos o vecinos, como les sucedió a algunos sobrevivientes de Armero que, incluso, llegaron a perder a todos sus familiares la noche de la tragedia. Algunos, por ejemplo, aún 30 años después saben que sus familiares salieron vivos de Armero pero no han logrado establecer cuál es su paradero.

El periodo del nomadismo trae consigo la incertidumbre y la inestabilidad. Repasamos, de esta forma, las vivencias de varios armeritas que tras la desaparición de su territorio debieron iniciar un “peregrinaje” por diferentes lugares (albergues, hospitales, casas de familiares) buscando satisfacer de manera temporal algunas necesidades inmediatas (salud, techo, comida). Tras este periodo inicia el recomenzar en Soacha. Aquí descubrimos la existencia de dos perspectivas: de un lado están las personas que, sostienen, no se han acostumbrado ni se acostumbrarán a los grandes cambios económicos, laborales, sociales y familiares que debieron enfrentar tras su llegada a Soacha. Mientras tanto, hay quienes, por su parte, si bien se encontraron con grandes adversidades a su llegada, hoy en día han encontrado en este municipio oportunidades suficientes para reconstruir sus tejidos familiares, sociales y económicos.

Y es que aquí vale la pena recordar que en muchos armeritas aún pervive ese recuerdo idílico de Armero como una comunidad armónica caracterizada por la solidaridad y amistad entre vecinos. Mientras tanto, se percibe a Soacha como una sociedad fría,

racional, mecánica en la cual se deterioran las redes de cooperación social. Retomamos en este punto una clásica discusión de las ciencias sociales (la oposición entre comunidad y sociedad) y pudimos apreciar la vigencia que toma a la luz del caso estudiado.

Cada 13 de noviembre Colombia recuerda la tragedia de Armero: testimonios de cómo se vivió la tragedia, interrogantes sobre si pudo o no evitarse, fotografías del pueblo antes y después de la avalancha, notas en las que se recuerda la memoria de Omaira Sánchez, relatos sobre cómo es la vida de los sobrevivientes en la actualidad (qué hacen, dónde viven, cómo viven)... un sinfín de noticias circulan de nuevo, como cada año, en los medios de comunicación.

Sin embargo, en este mar de investigaciones y reportajes poco se habla de los armeritas residentes en Soacha. A propósito, esta investigación ha querido visibilizar a este segmento de la población armerita y mostrar cómo, a 30 años de la avalancha que borró a su municipio de la faz de la tierra, ellos aún se siguen considerando armeritas, aunque sin Armero, aunque en Soacha. También ha querido evidenciar como la población armerita, a pesar de los años transcurridos, aún no logra superar las secuelas emocionales, pero también materiales, que dejó la avalancha (y es que muchos no hay logrado recuperar la estabilidad económica y laboral con la que contaban en Armero).

Otro de los puntos importantes en los que se centró este trabajo fue en abordar la distinción entre el desplazamiento forzado por razones de conflicto armado y el originado por causas medioambientales. Pudimos apreciar lo importante que resulta para los armeritas, desplazados por razones medioambientales, diferenciarse de la población desplazada por la violencia que reside en Soacha y que se enfrenta a una fuerte estigmatización por parte de la sociedad. Dicha estigmatización, como lo hemos dicho, no solo produce unos efectos en las subjetividades de las personas sino también en sus condiciones objetivas de vida: son personas que al ser inferiorizadas por la sociedad mayoritaria se enfrentan, igualmente, a inferiores condiciones en su calidad de vida.

Los armeritas residentes en Soacha, en cuanto fueron obligados a dejar su territorio de origen a raíz de la ocurrencia de un desastre natural, son desplazados medioambientales. Ahora bien, y como se ha hecho a lo largo del trabajo, es preciso aclarar que esta última

categoría aún no ha sido reconocida por la legislación colombiana. Es por esto que, aunque teóricamente esta categoría nos permite comprender mejor la realidad de los armeritas; en la práctica el reconocerse como desplazados medioambientales no representa ningún beneficio legal para esta población.

Y es en este punto que este trabajo quiere realizar un aporte a las investigaciones sobre el desplazamiento en este país, tradicionalmente centrado en el causado por el conflicto armado: poner sobre el tapete el tema del desplazamiento medioambiental. A la vez, hace un llamado a que futuros investigadores se interesen en el tema. Esto teniendo en cuenta la paradoja entre, por un lado, el cada vez mayor número de poblaciones que, según estiman diferentes instituciones y ONGs internacionales, se verán obligadas a abandonar sus territorios temporal o permanentemente debido a la aceleración de diversos fenómenos climáticos provocados por el calentamiento global; y, por el otro, los pocos estudios que den cuenta de manera integral de la complejidad de dicho fenómeno en la población afectada.

Autores como Solá (2012), ya han advertido sobre la magnitud de la problemática medioambiental y su relación con el desplazamiento poblacional,

“El cambio climático y su efecto crítico sobre los movimientos de población se verá progresivamente ratificado como motor del desplazamiento provocando movimientos de población más grandes y complejos, tanto dentro del propio país como a través de las fronteras internacionales, generándose de resultas un movimiento migracional de una escala sin precedentes con millones de personas desarraigadas por la destrucción de los hogares, por la erosión de las líneas costeras, inundaciones costeras, fuegos y el deterioro de la agricultura, en general” (Solá, 2012: 34)

Episodios como los terremotos de Haití y Nepal, el tsunami en Japón, las inundaciones en Pakistán, la sequía en Somalia, los huracanes en República Dominicana ya han dejado millones de desplazados alrededor del mundo. En Colombia, por su parte, los periodos de lluvia y sequia se intensifican con el paso de los años ocasionando, también, el desplazamiento de centenares de personas. Es en esta medida que se hacen necesarias

investigaciones que no sólo permitan comprender el fenómeno desde el punto de vista geográfico, meteorológico o económico, sino también investigaciones sociales que permitan comprender el impacto del desplazamiento ambiental en las poblaciones afectadas (que cada vez son más y se estima que sigan creciendo). Dado que la Sociología se preocupa por entender realidades sociales, ya es hora de que esta “nueva realidad”, como es definida engañosamente por Solé, sea objeto de estudio y debate por parte de quienes han hecho del tema de las migraciones un prolifero campo de investigación.

Importante mencionar que el campo de estudio que se abre es amplio y complejo si se tiene en cuenta que los desplazamiento medioambientales ocurren por diversas causas, que van desde la ocurrencia de un desastre natural hasta el causado por la implementación de grandes proyectos productivos implementados desde el Estado. Construcción de hidroeléctricas como la del Quimbo, en Huila, causó el desplazamiento de decenas de campesinos; de igual manera, grandes cultivos de Palma implementados en el Chocó ocasionaron el desplazamiento de la población nativa. Un análisis de estos procesos desde la perspectiva del desplazamiento medioambiental, considero, aportarían grandes discusiones a la disciplina sociológica.

Hoy, cuando se conmemoran 30 años de la avalancha de Armero, salen a la luz nuevos cuestionamientos sobre el actuar de instituciones como la Defensa Civil, la Cruz Roja y el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF). Ellos, sin embargo, se excusan diciendo que hicieron su mayor esfuerzo, ya que “Colombia no estaba preparada para una tragedia de esa magnitud”. Actualmente, ante realidades como el calentamiento global y su consecuente alteración de los fenómenos naturales, vale la pena interrogarnos, ¿Estamos preparados para afrontar el impacto que los fenómenos climáticos tendrán sobre el desplazamiento masivo de población? ¿Tienen algo que aportar las ciencias sociales al respecto?

Bibliografía

Acevedo, Paulina (2011). Desplazados ambientales, Globalización y Cambio Climático: Una mirada desde los Derechos Humanos y los Pueblos. Santiago de Chile: Observatorio Ciudadano.

Adow, Mohamed (2008). El pastoreo en Kenia. *Revista Migraciones Forzadas*, No. 31. Pp. 34-35

Agier, Michel y Odile Hoffmann (1999). “Pérdida de lugar, despojo y urbanización. Un estudio sobre los desplazados en Colombia”. En Cubides, Fernando y Camilo Domingues (Eds). *Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Alvaro, Daniel (2010). “Los conceptos de “comunidad” y “sociedad” de Ferdinand Tonnies”. Vizcaya: Papeles de CEIC N° 52 (pp. 1-24)

Aparicio, Juan Ricardo (2005). “Intervenciones etnográficas a propósito del sujeto desplazado: estrategias para (des)movilizar una política de la representación”. Bogotá: Revista colombiana de antropología. V°41 (pp. 135-169)

Arenas Hidalgo, Nuria de la Cinta (2002). La degradación medioambiental y los desplazamientos de población. Huelva: Universidad de Huelva.

Baker, Jock; Ehrhart, Charles y David Stone (2008). Áreas críticas: predicciones y acción. *Revista Migraciones Forzadas*, No. 31. Pp. 44-46.

Barth, Fredrik (1976). *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México: Fondo de Cultura Económica.

Bello, Martha Nubia (2000). “Las familias desplazadas por la violencia. Un cambio abrupto del campo a la ciudad”. *Revista de Trabajo Social* N.º 2. Pp 113-123.

Borrás Pentinat, S. (2006). Refugiados ambientales: el nuevo desafío del derecho internacional del medio ambiente. *Revista de Derecho*. Vo. 19. Pp. 85-108

Bourdieu, Pierre (2006). “La identidad y la representación: elementos para una reflexión crítica sobre la idea de región (Análisis)” En: Ecuador Debate. Memorias de la izquierda, Quito: CAAP, N° 67 (pp. 165-184)

Bronen, Robin (2008). Las comunidades de Alaska: derechos y resistencia. *Revista Migraciones Forzadas*, No 31. Pp. 30-32

CID, Mencoldes, SJR, FEDES, Personería municipal de Soacha, Pastoral social de Soacha, Diakonie (2010). Soacha: un silencio que grita. Soacha: Reel Ridden. Recuperado de <http://es.slideshare.net/cecfodir/soacha-un-silencio-que-grita-crisis-humanitaria-y-conflicto-armado-10595275>

Campoy Aranda, Tomás y Elda Gomes Araújo (2009). “Técnicas e instrumentos cualitativos de recogida de datos”. En Pantoja Vallejo, Antonio (Coord.) *Manual básico para la realización de tesinas, tesis y trabajos de investigación*. Madrid: EOS.

Castañeda Angarita, Natalia (2006). Desplazamiento ambiental e identidad territorial: caso de población reubicada por causas medioambientales en Colombia. Tesis de pregrado en Geografía. Universidad Nacional de Colombia.

Castillo, J (2011) *Migraciones ambientales: huyendo de la crisis ecológica en el siglo XXI*. Barcelona: Virus editorial.

Chinedu, Ujah Oliver (2008). Desplazamiento interno en Nigeria. *Revista Migraciones Forzadas*, No 31. Pp. 37-38

CODHES, ACNUR (2013). *Desplazamiento Forzado Intraurbano y Soluciones Duraderas. Una aproximación desde los casos de Buenaventura, Tumaco y Soacha*. Bogotá: Ediciones Antropos.

Cometti, Geremia (2015). La necesidad de un enfoque etnográfico en Perú. *Revista Migraciones Forzadas*, No 49. Pp. 64-66

Dubet, Francois (2010). *Sociología de la experiencia*. Madrid: Editorial complutense.

Egea Jiménez, Carmen y Javier Soledad Suescún (2011). “Los desplazados ambientales, más allá del cambio climático. Un debate abierto”. *Cuadernos Geográficos*, No 49. Pp 201-215

El-Hinnawi, E. (1985) *Environmental Refugees*. Nairobi: United Nation Environmental Programme.

García, Claudia (2014). Desplazamiento ambiental: polisemias y tensiones de una categoría emergente. *Revista Desarrollo Local Sostenible*. Vo. 7, No. 20. Pp 1-16

Gemenne, François y Philip Reuchlin (2008). Asia Central. *Revista Migraciones Forzadas*, No 31. Pp. 14-16

Gincel, Anne (2010). Los colombianos en Francia: una migración pendularia del “entre dos”. Bogotá: Análisis Político N°68. (pp. 62-78)

Goffman, Erving (1963). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu editores.

Granovetter, Mark (1973). La fuerza de los vínculos débiles. En *American Journal of Sociology*; V° 78, N° 6. (pp. 1360 - 1380).

Hernández Sampieri, Roberto; Fernández, Carlos y Lucio Baptista (2010). *Metodología de la investigación*. México: McGraw-Hill.

Kibreab, G. (1997) Environmental Causes and Impact of Refugee Movements: a Critique of the Current Debate. *Disasters*, Vo. 21, N.º 1. Pp. 20-38.

Koser, Khalid (2008). Vacíos en la protección de los desplazados. *Revista Migraciones Forzadas*, No 31. Pp. 17-18

Leckie, Scott (2008). Implicaciones sobre los derechos humanos. *Revista Migraciones Forzadas*, No 31. Pp. 18-20

Martin, Susan (2015) El estado de la evidencia. *Revista Migraciones Forzadas*, No 49. Pp. 63-64

Maskrey, Andrew (1993). *Los desastres no son naturales*. Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina.

Meertens, Donny (2006). Tierra, Derechos y Género. “Leyes, políticas y prácticas en contextos de guerra y paz”. Bogotá: UNIFEM, Mimeo

Morton, Andrew; Philippe Boncour y Frak Laczko (2008). Seguridad humana y desafíos políticos. *Revista Migraciones Forzadas*, No 31. Pp 5-7.

Morrissey, James (2008). Éxodo rural en Etiopia. *Revista Migraciones Forzadas*, No 31. Pp. 28-30

Osorio Pérez, Flor Edilma (2004) “Recomenzar vidas, redefinir identidades. Algunas reflexiones en torno a la recomposición identitaria en medio de la guerra y el desplazamiento forzado”. En: Nubia, Martha Bello (Comp). *Desplazamiento forzado: dinámicas de guerra, exclusión y desarraigo*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Pender, James (2008). Medidas de adaptación impulsadas por la comunidad en Bangladesh. *Revista Migraciones Forzadas*, No 31. Pp. 54-55

Ruano, Alba (2012). Desplazamiento forzado: Modos de vida y relaciones sociales en la Ciudad de Ipiales. Tesis de maestría en sociología. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Salcedo, Andrés (2008). “Defendiendo territorios desde el exilio: desplazamiento y reconstrucción en Colombia contemporánea”. *Revista Colombiana de Antropología*, Vo. 44(2) Pp. 309-335

Schluchter, Wolfgang (2011). “Ferdinand Tönnies: comunidad y sociedad”. Iztapalapa: Signos Filosóficos N°26 (pp. 43-62)

Solà Pardell, Oriol (2012). *Desplazados medioambientales. Una nueva realidad*. Bilbao: Universidad de Deusto.

Stavropoulou, M. (2008) ¿Un mar de definiciones?, *Revista Migraciones Forzadas*, No. 31. Pp. 11-12.

Van der Geest, Kees y Richard de Jeu (2008). Ghana. *Revista Migraciones Forzadas*, No. 31. Pp. 16-17

Wolf, Maribel (2005). *Regresan siempre en primavera. Colombia: luz y sombra de un proceso hacia la paz*. Barcelona: Icaria editorial.

Zetter, Roger y James Morrissey (2014). La tensión ambiental, el desplazamiento y el reto de los derechos de protección. *Revista Migraciones Forzadas*, No. 45. Pp. 67-71